

Día 7 de Oct/67 - en Esc. Miguel Surco.

Trabajo grupal Acto I - en graduadora C.T.M.

VESTIR AL DESNUDO

Por Luigi PIRANDELLO

Multidisciplinario José Emilio González  
Instituto de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

Personajes

Ersilia Drei  
Franco Laspiga, teniente de navío  
El cónsul Grotti  
Ludovico Nota, viejo novelista  
Alfredo Cantavalle, periodista  
La señora Honoria, dueña de la pensión  
Emma, la criada

Seminario de Drama

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ACTO PRIMERO

La escena representa el cuarto de trabajo del novelista Ludovico Nota. Amplia habitación en una casa de huéspedes. Algunos muebles, los más vulgares, pertenecen a la señora Honoria, dueña de la casa; los otros, al novelista. Al foro, estantes con libros y una puerta que comunica con el dormitorio de Ludovico Nota. A la derecha, entre dos ventanas con viejas cortinas, un pupitre para escribir de pie; encima, un estante con gruesos diccionarios. A la izquierda, un diván anticuado, tapizado en tela floreada, con encajes sobre el respaldo y los brazos, tal vez para ocultar la suciedad. Sillones y sillas muebles, una mesita con bibelots, una vieja alfombra descolorida. A la izquierda, en primer plano, una puerta que da al vestíbulo. En el centro de la habitación, una mesa ovalada, con libros, revistas, diarios, ceniceros, floreros y algunas estatuillas. Delante de esta mesa un sofá cargado de almohadones. En el muro de la izquierda y en el de la derecha, cuadros de escaso valor, regalos de pintores amigos. La habitación, aunque provista de dos ventanas, es más bien oscura; reina casi la penumbra, a causa de la estrechez de la calle y la altura de las casas de enfrente. La calle es muy ruidosa; los rumores se oirán durante las pausas, en los momentos indicados. Rodar de carruajes, de coches, timbres de bicicletas, bocinas de automóviles, estrépito de motocicletas, chasquido de látigos, silbatos, ruido confuso de voces, pregones de vendedores ambulantes y de vendedores de diarios, disputas.

Al levantarse el telón la escena está vacía. Las dos ventanas abiertas dejan entrar durante un momento los rumores de la calle. Por la puerta del vestíbulo, que da a la izquierda, entra Ersilia Drei, con el aire de alguien que no sabe donde se encuentra. Lleva un sombrerito y un vestido celeste, decente, bastante usado; tipo de institutriz o gobernanta. Tiene apenas más de veinte años y es bonita, pero como ha estado a punto de morir, está muy pálida, la mirada perdida acentuada por las ojeras. Permanece de pie, recorriendo la habitación con la mirada, en espera de alguien que va a entrar. Sus labios esbozan una son-

1079517  
c.1

~~6/2/67~~  
17/Nov/67

JCS

mds



risa triste durante esta contemplación, pero contrariada por los ruidos de la calle, frunce penosamente el entrecejo. Entra por fin Ludovico Nota, guardando la billetera en el bolsillo interior de la chaqueta; es un hombre todavía apuesto a pesar de haber pasado la cincuentona. Ojos penetrantes, brillantes, y en sus labios, todavía frescos, una sonrisa infantil. Frío, reflexivo, completamente desprovisto de esas dotes naturales que conquistan fácilmente la simpatía y la confianza; incapaz de simular el menor calor sentimental, procura ser al menos afable, pero esta afabilidad no logra ser desenvuelta, y en lugar de alentar a sus interlocutores aumenta su incomodidad y hasta los desconcierta.

ENTRAN ERSILIA, primero, Y DESPUES LUDOVICO



*Rendón Calle*  
*Fondo*  
*Trafico continuo*  
*de tarde - alto*

LUDOVICO: Bueno, ya estoy aquí. Póngase cómoda, siéntese... ¡Oh, estas ventanas (se precipita a cerrarlas) son una maldición! Pero si no las abro, hay un olor a cerrado insoportable. Estos caserones viejos... Pero quítese, quítese el sombrero. (Ersilia obedece. Por la puerta del foro, con un par de sábanas para el lavado y en la mano libre una escoba, entra la señora Honoria; alrededor de cuarenta años, grosera, teñida y charlatana.)

HONORIA: Pero mire que si es para... (Mira a Ersilia y se interrumpe.) Espere. Es mejor hablar claro. Voy a dejar estas sábanas...

LUDOVICO: ...que no están muy decentes.

HONORIA: (colérica): ¿Y es usted quien me dice que no están decentes?

LUDOVICO: (tratando de sonreír): ¡Claro! Si usted misma quiere librarse de ellas...

HONORIA: Sí, señor. Pero voy a librarme de "todo" y no de estas sábanas solamente.

LUDOVICO: ¿Qué quiere decir? ¡Hable!

HONORIA: (agarrándose la cabeza): Pues de esta señorita que usted trae a mi casa, por ejemplo. Si le parece decente...

LUDOVICO: ¿Cómo? Hable con respeto, si no...

HONORIA: ¿Si no, qué? ¡Quiero hablar claro, caramba! Voy a dejar esta ropa y vuelvo. (Sale con furia por la izquierda)

LUDOVICO: (listo a lanzarse detrás de ella): ¡Charlatana del diablo!

ERSILIA: (asustada, retirándolo): ¡No, no, por favor! ¡Déjeme ir!

LUDOVICO: ¡De ninguna manera! ¡Estoy en mi casa y usted se quedará aquí!

HONORIA: (regresando): ¿Suya? ¿En su casa? ¡Usted está en unas habitaciones amuebladas y no en su casa! ¡Y recuerde que vive en la casa de una señora honorable!

LUDOVICO: ¿Quién? ¿Usted, honorable?

HONORIA: ¡Yo, yo, sí señor!

LUDOVICO: ¡Lo está demostrando!



HONORIA: ¡Sí, señor, demostrando! ¡Porque no le permito que traiga mujeres a dormir en mi casa!

LUDOVICO: ¡Usted es una grosera insolente!

HONORIA: ¡Tenga cuidado con lo que dice!

LUDOVICO: ¡Una grosera, una grosera que no sabe distinguir con quien traiga!

ERSILIA: Soy una pobre enferma que acaba de salir del hospital.

LUDOVICO: ¡No se tome el trabajo de darle explicaciones!

HONORIA: Vea, si está enferma... (Ruido de un <sup>Truck</sup> ~~carro~~ pesado que hace temblar los vidrios de las ventanas. (ventanas cerradas))

LUDOVICO: ¡Basta, le digo! Usted no puede prohibirme que ceda mi alojamiento por algunos días.

HONORIA: ¡Ah no, no! ¡Usted no tiene derecho! ¡Yo le he alquilado las piezas a usted solamente!

LUDOVICO: ¿Y si llegara una hermana mía, una parienta mía?

HONORIA: ¡Que se vaya al hotel!

LUDOVICO: ¡Ah! ¿No soy dueño de alojarla aquí por algunos días?

HONORIA: ¡Pero la señorita no es una parienta suya! ¿A quién se lo quiere hacer creer?

LUDOVICO: ¿Y usted qué sabe? ¿Y si me fuera yo a dormir al hotel?

HONORIA: En último caso me lo debe decir con educación. Y pedirme permiso.

LUDOVICO: ¿También permiso?

HONORIA: ¡Sí, señor, y con educación. Y si siente tanto olor a cerrado, perdone, ¿por qué no se va? ¡Ojalá me dejara las habitaciones libres!

LUDOVICO: ¡Se las dejaré, y pronto! Mientras tanto, ¡váyase y déjeme en paz!

HONORIA: ¿Deja las habitaciones?

LUDOVICO: Dentro de algunos días, sí. A fin de mes.



HONORIA: ¡Ah, está bien! No digo nada más.

LUDOVICO: Y entonces, váyase.

HONORIA: Me voy, me voy. No digo nada más. (Sale hacia el vestíbulo.)

LUDOVICO: ¡Pero mire qué veneno! Perdona, señorita. Acaba de llegar y enseguida esta hermosa escena.

ERSILIA: ¡Oh, no es nada! Siento que por mi culpa...

LUDOVICO: No. Hace más de un año que lucho con esta bruja, ligado, qué sé yo por qué sortilegio, a todas estas inmundicias. Usted quizá se imaginaba que la casa de un escritor...

ERSILIA: No, yo...nada. Pero verdaderamente es triste que usted, con tanta fama...

LUDOVICO: Tendremos a fin de mes un departamentito tranquilo, entre jardines, en la calle Sommacampagna. Iremos mañana a visitarlo. Y juntos compraremos muebles nuevos. Usted arreglará con sus manos su propio nido...

ERSILIA: Si lo hace por mí...

LUDOVICO: ¡Tenía que irme de aquí de todos modos! ¿Sabe? Soy... soy como uno de esos que nunca se deciden a decidirse. Pero estoy tan contento de haber tenido la inspiración de escribirle, y de empezar ahora con usted una nueva vida...Un estanque inmóvil, moscas, sofocación... De pronto se respira: ah, ¿qué sucedé? Nada. Se ha levantado un poco de viento. Mi vida es así.

ERSILIA: Verdaderamente, no sé cómo agradecerle.

LUDOVICO: Y bueno...deberías empezar por decir "agradecerte"; pero no es el caso, al contrario, soy yo quien debe agradecerte que hayas aceptado lo poco que...

ERSILIA: ¡No, es tanto! ¡Tanto! ¡Para mí es tanto!

LUDOVICO: Sí, lo será para ti. Porque tú engrandecerás lo poco que puedo ofrecerte.

ERSILIA: ¡No digas eso!

LUDOVICO: (corrigiéndola, con una sonrisa): "No digas eso".

ERSILIA: Tengo que acostumbrarme. Estoy tan turbada, si usted supiese.



LUDOVICO: ¿Turbada? ¿Por qué?

ERSILIA: Pero, por esta suerte...

LUDOVICO: ¡Vamos! ¿Porque soy un escritor?

ERSILIA: Porque el relato de mis desdichas, leído en un diario, mi acto desesperado, hayan podido atraer la consideración, la piedad...

LUDOVICO: ¡El interés, el interés!

ERSILIA: ...de un hombre como usted (corrigiéndose en seguida con una sonrisa piadosa)...como tú.

LUDOVICO: Sí, al leer ese diario me sentí agarrado; exactamente como ciertas veces al saber por azar alguna cosa o al oír la contar, sentimos inmediatamente, ¡qué sé yo!, esa sacudida, esa emoción súbita, que nos advierten que acabamos de encontrar, el germen, el tema de una novela, de un cuento...

ERSILIA: ¿...qué quizá usted pensó...(corrigiéndose) tú pensaste escribir?

LUDOVICO: No. Entiéndeme bien. No creas que quise conocerte por una curiosidad de escritor. Si he buscado una comparación fue para hacerte comprender cómo me interesé en seguida.

ERSILIA: ¡Ah, si mi pobre vida, si toda esta miseria y esta tristeza, si todos mis sufrimientos pudiesen por lo menos servir para eso...!

LUDOVICO: ¿Para hacerme escribir una novela?

ERSILIA: ¿Por qué no? Yo estaría contenta, orgullosa. ¡Tan orgullosa! (Y sonriendo con una gracia que intenta nacer, agrega.) Sí, verdaderamente.

LUDOVICO: (la mira y luego dice): Me hace caer el alma a los pies.

ERSILIA: ¿Por qué?

LUDOVICO: Porque, sin querer, me dices viejo.

ERSILIA: (confundida): ¿Yo? No, yo decía...

LUDOVICO: Una novela, querida, o se escribe o se vive. Te dije que me sentí agarrado, pero no para escribirla, sino para vivirla. Te tiendo los brazos, y tú, en lugar de ofrecerme, ¡qué sé yo!...la boca, me ofreces la pluma para que escriba.



ERSILIA: Pero es demasiado pronto...

LUDOVICO: Para que me ofrezcas la boca...comprendo. ¿O demasiado tarde?

ERSILIA: No...

LUDOVICO: (notando la confusión causada por la excesiva desenvoltura): Mira qué diferencia entre lo que me pasa y lo que te sucede. Yo me he sentido herido ante la idea de que pudieses interpretar mi interés por ti como una curiosidad de escritor; y al contrario, tú te sientes herida, o por lo menos desconcertada, cuando te digo que si el escritor hubiese querido hacer obra de escritor, siendo experto, digamos, para no decir viejo, no habría tenido ninguna necesidad de ofrecerte alojamiento, ni de ir a buscarte hoy a la salida del hospital. No; porque sólo con leer tu historia en aquel diario, imaginé toda entera esa novela, de punta a punta.

ERSILIA: ¡Ah! ¿Cómo? ¿En seguida?

LUDOVICO: En un momento. Con tanta riqueza de situaciones, de detalles...¡Oh, hermoso! El Oriente...la pequeña casa quinta junto al mar, como aquella terraza...tú allí, institutriz...la niñita que se precipita desde la terraza... tu despido...el viaje...tu llegada aquí... el triste descubrimiento...Todo, todo, así, sin verte, sin conocerte.

ERSILIA: Usted me imaginaba...¿Y cómo? ¿Así, como soy? (Ludovico, sonriendo, niega con el índice.)¿Y cómo entonces? Dígamelo...dímelo.

LUDOVICO: ¿Para qué quieres saberlo?

ERSILIA: Porque me gustaría ser como me imaginaste.

LUDOVICO: ¡De ninguna manera! Tú me gustas mucho, mucho más tal como eres. Eso, en cuanto a mí; para la novela es diferente.

ERSILIA: Entonces, ¿esa novela no es más mi novela, es la de otra?

LUDOVICO: Y, forzosamente, la de la mujer que había imaginado.

ERSILIA: ¿No se parece a mí?

LUDOVICO: Es otra.

ERSILIA: ¡Oh Dios! Pero entonces...no comprendo, no comprendo más.



LUDOVICO: ¿Qué es lo que no comprendes?

ERSILIA: Tu interés...no se dirigía a mí.

LUDOVICO: ¿Y a qui'én entonces?

ERSILIA: Puesto que no soy aquella mujer...si mi historia, mis desdichas, todo lo que te interesó al leer ese diario, no te ha interesado por mí...si lo has visto como de otra que no soy yo...(Queda como perdida, perpleja.)

LUDOVICO: ¿Y bien?

ERSILIA: Yo entonces puedo irme.

LUDOVICO: (riendo, tratándola casi en broma): ¡No, de ningún modo, querida! Tú, no. ¡Se irá la otra, la de la novela, esa que no eres tú!

ERSILIA: (con desconfianza): ¿Cómo no soy yo? ¿No me crees, entonces?

LUDOVICO: ¡Pero sí, te creo! Ahora lo que quiero es imaginarte en una nueva vida, conmigo. Y quiero que tú también te imagines esta nueva vida, olvidando todas las cosas tristes que te han ocurrido.

ERSILIA: (con una sonrisa penosa): Entonces, ni aquélla, ni ésta, ¿otra más todavía?

LUDOVICO: Otra, sí, la que puede ser.

ERSILIA: (volviéndose asonbrada): ¿Yo? (Sacudiendo la cabeza y moviendo apenas las manos que apoya sobre las rodillas.) Yo no he podido ser nunca nada.

LUDOVICO: ¡Vamos! ¿Cómo nada?

ERSILIA: Nada...nunca.

LUDOVICO: ¡Pero puesto que eres!

ERSILIA: ¿Soy qué?

LUDOVICO: Ante todo, una hermosa muchacha.

ERSILIA: (tristemente, alzando los ojos): Hermosa, no. Adenás, si no he sabido valerme ni de eso...



LUDOVICO: Y, cuando no se sabe, la verdad es que puede también ocurrírsele a uno deslizarse hasta abajo de la pendiente, por desesperación, antes de tomar una resolución extrema.

ERSILIA: (sombria, volviéndose para mirarlo): ¡Dios mío! ¿Qué dice?

LUDOVICO: Nada, digo lo que había imaginado para "aquella", en la novela. Desesperada, al no saber qué hacer, una noche se mira en el espejo melancólico del hotelucho... Una repentina resolución, una tentación loca... No tiene nada, o apenas unas liras en la cartera... y el hotelero exige el pago de la cuenta...

ERSILIA: (aturdida, con terror y ansiedad): Pero todo eso no estaba escrito en el diario.

LUDOVICO: No. Lo imagi... (Se interrumpe sorprendido y en seguida le pregunta inclinándose hacia ella.) ¿Por qué? ¿Es verdad, tal vez?

ERSILIA: (con el rostro oculto entre las manos, temblando de vergüenza y de disgusto): Sí.

LUDOVICO: (A media voz, satisfecho): ¡Ah, mira, mira cómo he acertado! (Prosiguiendo con piedad y angustia): ¿Bajaste a la calle esa noche?

ERSILIA: Sí... sí...

LUDOVICO: Y fue... así, ¿con uno de la calle? ¿Con uno... con uno cualquiera que pasaba?

ERSILIA: (con el rostro siempre escondido entre las manos): Y... y después no saber cómo hacer, después...

LUDOVICO: (interrumpiéndola): ¿Cómo hacer para pedirle dinero? (Y como Ersilia no responde, responde él mismo como si lo supiera): No te dio nada, ¿eh? ¡Ah, es la verdad! Y fue el asco entonces, el horror, por esa tentativa tan sucia como inútil... ¡Perfecto! (Ersilia estalla en sollozos.) No, ¿lloras? ¿Y por qué ahora? No... No... (Intenta abrazarla para confortarla.)

ERSILIA: (levantándose, humillada, mortificada): Déjeme, déjeme ir ahora.

LUDOVICO: ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Por qué?

ERSILIA: Ahora que sabe eso...

LUDOVICO: ¡Pero si yo lo sabía! ¡Lo sabía!



ERSILIA: ¿Cómo lo sabía?

LUDOVICO: ¡Porque me lo había imaginado! ¿No has visto? Tuve la intuición total.

ERSILIA: Pero yo tengo tanta vergüenza. (En ese momento está en la calle un gran estrépito, como si hubiera ocurrido un choque. Ruido de coches, escándalo, gritos de amenazas, imprecaciones, silbidos, maldiciones.)

LUDOVICO: Pero no, ¿por qué ver...? (Se interrumpe, volviéndose hacia la ventana). ¿Qué diablos sucede?

ERSILIA: Gritan. Quizá alguna desgracia. (El ruido aumenta. Gritos de "¡Socorro! ¡Socorro!". La señora Honoria entra precipitadamente, asustada.)

HONORIA: ¡Acaban de atropellar a un pobre viejo, un pobre viejo; aplastado contra la pared! ¡Aquí, bajo las ventanas! (Corre a abrir una de las ventanas. Ludovico y Ersilia se asoman a la otra. A través de las ventanas abiertas, el ruido de la calle invade la escena durante algunos minutos. Un automóvil y un carruaje han chocado. El automóvil, virando, ha aplastado a un viejo contra el murc. No ha tenido tiempo de escivarlo. El viejo está agonizando o ha muerto ya. Lo levantan entre la confusión y los gritos, lo suben a un coche que parte a la carrera hacia el hospital. La escena exterior resultará evidente a través de los gritos confusos y descompuestos de la muchedumbre, entre los cuales, después de un gran alarido y de las primeras, agudísimas exclamaciones: ¡Ah! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socorro! ¡Socorro!", pueden oírse las siguientes: "¡Pobrecito!" "¡Aplastado!" "¡Aplastado!", "¡Atras" "Atras", "Se escapa", "Escapó", "No, no, agárrenlo, agárrenlo", "Está muerto", "Tuve que desviarme", "Tuve que desviarme", "No, fue él, se vino encima", "No es verdad", "Fue él, fue él", "A la cárcel", "Habría que fusilarlos", "Paso, paso", "No, no, no está muerto", "Oh, pobrecito", "De prisa, de prisa", "A la Consolación", "Oh, el sombrero", "Pobre viejo", "Asesinos, asesinos". Sobre la escena, la agitación de la muchedumbre repercute en los ademanes y en las exclamaciones de los tres personajes asomados a la ventana.)

HONORIA: Está muerto... Está muerto... Oh, pobrecito... Agárrenlo... Quería escapar... Qué cara... Y se defiende... ¡Oh, lo ha aplastado como a una rana!

ERSILIA: (Apartándose con horror de la ventana): ¡Dios mío! ¡Qué horrible! ¡Qué espantoso!

LUDOVICO: (cerrando la ventana): Debe ser algún pobre viejo empleado. Señora Honoria, ¡cierre, cierre, por favor!

HONORIA: Bajo, bajo a preguntar. ¡Qué desgracia!, ¡qué desgracia. (Sale rápidamente).

LUDOVICO: En este callejón tan sucio que no se sabe ni dónde poner un pie cuando llueve, hay un tránsito endiablado.



do de coches, de carruajes, de automóviles. ¡Y todavía el mercado! ¡Han tenido el coraje de poner un mercado!

ERSILIA: (después de una pausa, con los ojos fijos, aterrorizadas): ¡La calle...qué horror!

LUDOVICO: Y para un escritor, ¡qué escuela! La imaginación se libera de todas las trabas vulgares. Se lanza, se pierde en las nubes. Pero allí está la calle, con la gente que pasa, con los rumores de la vida; la vida de los otros, ajena, pero presente, que trastorna, interrumpe, contraría, deforma... Escucha, ¿nosotros queremos estar juntos? ¿Componer juntos una hermosa historia? Sí. Y bien, suponte que en la calle, por azar, hubiese sido yo el atropellado. ¿Qué te quedaría por hacer aquí? Pero tu vida ya se ha visto interrumpida por un caso imprevisto; la caída de aquella criatura desde la terraza. (Pausa)

ERSILIA: (absorta, sacudiendo levemente la cabeza): Servir... obedecer...no poder ser nada...nada más que un vestido de trabajo, gastado, que cada noche se cuelga de un clavo en la pared...¡Dios, qué cosa espantosa no tener a nadie que piense en uno! En la calle...vi entonces mi vida...No sé...con la impresión de que ya no era real, como soñada...Las cosas a mi alrededor...Las raras personas que pasaban por aquel parque, a mediodía...Los árboles, los bancos...Y no quise, no quise ser más nada...

LUDOVICO: ¡Ah, no! Eso, ¿ves? Eso no es cierto.

ERSILIA: ¿Cómo no es cierto? Si he querido matarme.

LUDOVICO: Sí, sí, pero creando toda una novela.

ERSILIA: (de nuevo ensombrecida): ¿Cómo creando? ¿Crees que he inventado?

LUDOVICO: No, no, me refiero a mí, a la novela que creaste en mí, inconscientemente, al relatar tu historia.

ERSILIA: Cuando me recogieron en aquel parque...

LUDOVICO: Sí, y después, en el hospital. Perdona, ¿cómo puedes decir que no quisiste ser nada más, si fuiste la piedad de cuantos leyeron tu caso en aquel diario? Tú no sabes la emoción que produjo en toda la ciudad esa narración, el interés que despertaste. Tienes una prueba en mí.

ERSILIA: (con una ansiedad que nace de su desconfianza): ¿Y lo tienes todavía?

LUDOVICO: Si tengo, ¿qué?



ERSILIA: Ese diario. Querría leerlo. ¿Lo tienes todavía?

LUDOVICO: Creo que sí. Debo de haberlo conservado.

ERSILIA: Búscalo. ¡Muéstramelo!

LUDOVICO: Pero no. ¿Para que quieres volver a entristecerte?

ERSILIA: ¡Muéstramelo, te lo ruego! Quiero leer, quiero leer lo que escribieron.

LUDOVICO: Supongo que lo que tú dijiste.

ERSILIA: No recuerdo bien lo que dije en aquel momento. ¡Comprenderás! Quiero verlo. Búscalo.

LUDOVICO: ¡Quién sabe dónde lo habré puesto! Con mi desorden... Espera. Lo buscaremos juntos después.

ERSILIA: ¿Relataba todo, con detalles?

LUDOVICO: Oh, más de tres columnas de crónica. En verano, cuando a los periodistas les cae un caso como el tuyo, figúrate, ¡qué regalo del cielo! Inundan los periódicos.

ERSILIA: Y de él, de él, ¿qué decía?

LUDOVICO: Y...que te había engañado.

ERSILIA: No, me refiero a...al otro.

LUDOVICO: ¿Al cónsul?

ERSILIA: (vivamente contrariada): ¿Pusieron el cónsul?

LUDOVICO: Nuestro cónsul en Esmirna.

ERSILIA: ¡Oh Dios mío! ¿También el nombre de la ciudad? ¡Me prometieron no decirlo!

LUDOVICO: ¡Oh, sí! Los periodistas...

ERSILIA: ¿Pero que necesidad había? Los hechos no hubieran cambiado, aunque no se mencionara el lugar, ni los títulos de las personas. Pero, ¿qué decían?

LUDOVICO: Que después de la caída de la criatura desde la terraza...



ERSILIA: (ocultando la cara entre las manos): ¡Pobre pequeña  
mía! ¡Pobre pequeña!

LUDOVICO: ...demostró una crueldad feroz.

ERSILIA: No, él no. ¡Su mujer, su mujer!

LUDOVICO: Decían que él también.

ERSILIA: Pero no, la mujer... ¡Dios mío!

LUDOVICO: Porque estaba celosa de ti. ¡Oh! Me la imagino. Un  
sargento.

ERSILIA: No, en absoluto. Pequeña, delgada, amarilla y agria co-  
mo un limón.

LUDOVICO: ¡Ah, mira. Yo...¿sabes cómo la veo? Así: alta, more-  
na, cejijunta. Podría pintarla.

ERSILIA: ¡Pero tú ves todo lo contrario! Entonces, ¡quién sabe  
cómo me verás! ¡No, no! Es al revés, como yo te digo.

LUDOVICO: Sí, pero yo necesitaba una mujer grande, para poder  
ver a la pequeña frágil, frágil.

ERSILIA: ¿Frágil mi pequeña Mimeta?

LUDOVICO: Yo la llamaba Titi.

ERSILIA: No, Titi, no. ¡Mimeta, Mimeta! Una manzana. Había que  
ver cómo se tambaleaba sobre sus gruesas piernas son-  
rosadas. A cada pasito se estremecía toda...sus meji-  
llas, sus bucles dorados. Me quería mucho, a mí sola-  
mente.

LUDOVICO: Y también por eso, naturalmente, la madre estaba celo-  
sa.

ERSILIA: ¡Claro, por eso sobre todo! Y fue ella, ¿sabes?,  
cuando llegó el otro...

LUDOVICO: ¿El teniente de navío?

ERSILIA: Sí. Fue ella quien esa noche creó expresamente alre-  
dedor de mí el encantamiento que debía perderme. Allá,  
sola en aquel jardín, como embriagada con aquellas  
palmeras, los perfumes, aquellos perfumes...

LUDOVICO: ¿Sabes por qué es tan hermosa tu historia? Porque  
huele a mar, a sol, a noches orientales.



ERSILIA: Si no la hubiera sufrido...

LUDOVICO: Con aquella bruja. ¡Me lo imagino! Su perfidia, ¿comprendes?, era la de las gentes que no han gustado la dicha, y que saben que la dicha, cuando es preparada insidiosamente para otros, se convierte en seguida en el desencanto más amargo... ¡Ah, hermosísimo!

ERSILIA: La hubieses visto... ¡maternal! El había pedido formalmente mi mano, a ella y al cónsul, a quienes yo estaba confiada. ¡Oh, tantas complacencias! Y después, cuando él partió... Dios, ¿cómo es posible cambiar tan bruscamente? Nada la conformaba; me humillaba minuto tras minuto, y al final, acusada de aquella desgracia...

LUDOVICO: Mientras que en realidad fue ella quien te envió a hacer no sé qué diligencia fuera de la casa.

ERSILIA: (volviéndose rápidamente, impresionada y contrariada):  
¿Quién dijo eso?

LUDOVICO: Estaba escrito en el diario.

ERSILIA: ¿También eso?

LUDOVICO: Lo habrás dicho tú...

ERSILIA: No, no recuerdo... No creo...

LUDOVICO: ¿Es posible que yo lo haya imaginado entonces? O quizá lo haya inventado el periodista, para dar más relieve a la crueldad de ese despido brusco. Ellos no quisieron pagarte el viaje de regreso, ¿eso es verdad?

ERSILIA: ¡Eso, sí! ¡Eso, sí!

LUDOVICO: Casi como si tú hubieras debido pagarles la hija.

ERSILIA: Y me amenazó, sí. Y me hubiera acusado como culpable si no hubiera temido que se descubriesen ciertas cosas...

LUDOVICO: ¿Acerca de ella? Ah, entonces, ¿ves que es verdad?

ERSILIA: (turbada): No... no quiero hablar... No quiero hablar... Me desagrada incluso que hayan publicado que ella me mandó a hacer una diligencia. No querría pensar ahora en nada de lo que sucedió allá. ¡Cuando pienso en mi viaje, en lo que he sufrido! Estoy segura de que la pequeña muerta se embarcó conmigo, para no quedarse con sus padres malvados. Y tengo la impresión de que la perdí cuando salí del hotel, aquella noche.

LUDOVICO: Escucha, pero apenas llegaste aquí, ¿no fuiste en busca de tu novio?



ERSILIA: ¿Dónde encontrarlo? Ignoraba su dirección. Le escribía a poste restante. Fui al Ministerio de Marina. Me dijeron que había pedido la baja.

LUDOVICO: Pero tenías que encontrarlo, para pedirle cuentas del engaño, de la infamia que había cometido.

ERSILIA: No he sabido jamás hacerme valer.

LUDOVICO: ¡Te había prometido casarse contigo!

ERSILIA: Me anonadó. Cuando me dijeron que estaba por casarse, esa traición tan cruel, tan inesperada, tan...me anonadó. No me quedaban ni siquiera dos liras en la cartera, y...pedir como una mendiga...(Se lleva el pañuelo a los ojos; después, fijando la mirada en el vacío). En el parque, apretando esa pastilla de veneno, pensaba en la pequeña y me infundía valor diciéndome que si la había perdido la víspera, iría entonces a reencontrarla.

LUDOVICO: ¡Vamos, vamos, vamos! Ahora no hay que pensar más en esas cosas. ¡Vamos, ánimo!

ERSILIA: (después de una pausa, con una sonrisa muy triste): Sí, pero al menos haz que yo sea "aquella".

LUDOVICO: Aquella, ¿cuál?

ERSILIA: La que tú imaginaste. ¡Dios mío! Si alguna vez he sido algo, como dijiste, quiero ser yo, en tu novela; yo, "ésta", tal como soy. Me parecería una traición, si tú imaginaras a otra.

LUDOVICO: (riendo): ¡Ah, no está mal! Te parecería que se apropian de lo que te pertenece, ¿no es cierto?

ERSILIA: Sí, de mi historia, de mi vida. Yo, que no quería continuar viviendo esta vida; yo, que la he sufrido hasta la desesperación, me parece que tengo, al menos, el derecho de vivir en el relato que harás, y que será hermoso, ¡oh, hermoso! Como esa novela tuya que he leído...Espera...¿cómo era el título? ¡Ah! "La Excluída".

LUDOVICO: ¿"La Excluída"? Ah, no querida, te equivocas. La "Excluída" no es una novela mía.

ERSILIA: (estupefacta): ¿No es tuya?

LUDOVICO: No.

ERSILIA: ¡Ah, caramba! Me parecía...

LUDOVICO: Es de un escritor que, inclusive, particularmente no puedo sufrir.



ERSILIA: (mortificada, cubriéndose el rostro con una mano):  
¡Oh Dios!...

LUDOVICO: Pero no, no, no tiene ninguna importancia. Te has confundido.

ERSILIA: (con una mano todavía sobre la cara se echa a llorar).

LUDOVICO: ¿Pero es en serio? ¿Lloras? ¡Vamos! ¿Qué importancia tiene que me hayas atribuido, por error, una mala novela que no he escrito?

ERSILIA: No...pero...todo es así en mi vida...Nada...nada me resulta nunca. (Se oye llamar a la puerta del vestíbulo.)

LUDOVICO: ¿Quién es? Adelante. (Entra la señora Honoria, toda miel, ridículamente enternecida.)

HONORIA: ¿Permiso? (Busca con los ojos a Ersilia) ¿Dónde está? (Al verla enjugándose los ojos, junta las manos piadosamente.) ¡Oh! ¿Llora?

LUDOVICO: (no comprende este cambio, estupefacto): ¿Qué le pasa?

HONORIA: Podría haberme dicho, caramba, que la señorita era la del diario. La señorita Drei. Ersilia Drei, ¿Verdad? ¡Oh, pobrecita, pobrecita! ¡Estoy tan contenta de que se haya curado y de que se encuentre aquí!

LUDOVICO: ¿Cómo se ha enterado? ¿Se puede saber?

HONORIA: ¡Ah, qué bueno! ¿Acaso no ha leído el diario?

LUDOVICO: No. Le pregunto cómo supo que era la señorita.

HONORIA: ¡Ah! Porque ha venido, mire (le entrega una tarjeta de visita), el periodista que contó la historia.

LUDOVICO: ¿Aquí?

ERSILIA: (turbada de pronto) ¿El periodista?

LUDOVICO: ¿Y qué quiere conmigo?

HONORIA: Dice que tiene que pedir explicaciones urgentes a la señorita.

ERSILIA: (con mayor turbación) ¿Explicaciones?

LUDOVICO: ¿Y quién le ha dicho que la señorita se encuentra aquí?



HONORIA: No lo sé

ERSILIA: Yo tampoco. Ni siquiera sabía, cuando hablé con él, que vendría aquí, a tu casa.

LUDOVICO: (casi para sí): ¡Ah, ya caigo! Habrá sido aquel charlatán. (A Ersilia) ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que pase?

ERSILIA: No...Yo no sé...¿qué explicaciones tengo que darle?

LUDOVICO: Voy a ver. (Sale)

HONORIA: ¡Oh pobre hija mía! ¡Si supiese cómo he llorado al leer en el diario toda su historia!

ERSILIA: (con angustia, sin escucharla, mirando hacia la puerta): ¿Qué querrán ahora?

HONORIA: (confundida): Tal vez...quien sabe...

ERSILIA: (desesperándose): ¡Dios mío, ya no puedo resistir ninguna sorpresa!

HONORIA: ¿Se siente mal?

ERSILIA: Sí, muy mal...Aquí...(Señala la boca del estómago.) ¡Me ahogo! Me han salvado, pero...quién sabe qué me habrá quedado aquí. No puedo ni siquiera tocarme. Y en los riñones, además, un dolor fijo, fijo... (Gime.) ¡Oh Dios mío!... (De pronto llega desde la calle el sonido vulgar de un organillo.)

HONORIA: Aflójese la ropa, aflójese...

ERSILIA: No. No... (Molesta por el sonido del organito.) Por favor, dígame que se vaya.

HONORIA: Sí, en seguida. (Busca en el bolsillo el portamonedas.) En seguida. (Corre a la ventana, la abre, llama al organillero y le hace señas para que se retire; pero como el organito continúa sonando, le arroja un puñado de monedas gritando) ¡Hay enfermos! (Y repite el ademán: "Vayase". Cesa la música. Cierra la ventana y vuelve hacia Ersilia.) Ya está, ya está. Hágame caso, aflójese la ropa...

ERSILIA: No. ¿Y cómo? Es necesario que me mantenga en pie... Tengo tanto miedo de que ni siquiera esto dure...

HONORIA: ¿Qué cosa?



ERSILIA: Estoy tan desesperada, si usted supiese...Tan desesperada...No puedo mantenerme en pie... Este cinturón, ¡ah! (Se lo quite.) No podía soportarlo. (Se oye la voz de Ludovico, invitando a alguien a entrar.)

LUDOVICO: No, no, adelante. (Entra el periodista Cantavalle, seguido por Ludovico Nota. Cantavalle es un joven y corpulento napolitano, con pretensiones de elegante. Lleva un monóculo que sostiene quién sabe con cuánto esfuerzo. Es un buen muchacho. Frente baja, cabellos abundantes, desordenados como los de un colegial; rostro alargado, graso y rubicundo; gruesas piernas de formas femeninas que dan feos pliegues a los pantalones.)

CANTAVALLE: ¿Permiso? ¡Oh mi querida señorita! ¿Me reconoce?

LUDOVICO: (presentándolo): El periodista Alfredo Cantavalle.

ERSILIA: Sí, recuerdo.

CANTAVALLE: ¡Me ha reconocido! (Advirtiendo a la señora Honoria.) ¿La señora es, tal vez, una pariente?

LUDOVICO: No. Es la dueña de la casa.

CANTAVALLE: ¡Es un placer! (Se inclina.) Recuerdo que la señorita no tiene ningún pariente. He sabido que han tenido un grave accidente aquí abajo, ¿no?

LUDOVICO: Sí, un pobre viejo.

HONORIA: Justo debajo de la ventana. ¡Que horror!

CANTAVALLE: Murió

HONORIA: ¡Ah! ¿Murió?

CANTAVALLE: Sí, señora; antes de llegar al hospital.

HONORIA: ¿Y quién era? ¿Quién era?

CANTAVALLE: Todavía no se sabe. (Volviéndose a Ersilia): Señorita, permítame que me regocije, no sólo por usted, por su desaparecido peligro, sino un poco por mí también. Sí, por la gran suerte que he tenido, y que ha redundado tanto en su favor; quiero decir, por haber conmovido con su historia penosísima, a través de mi pobre prosa, a un ilustre escritor. (A Ludovico.) ¿Pero qué locuras, maestro, anda diciendo su amigo? Usted ha realizado una hermosísima acción. (Volviéndose a Ersilia.) Y no puede imaginarse, señorita, el placer que yo siento.



ERSILIA: Sí, ha sido una gran suerte para mí, verdaderamente.

LUDOVICO: ¡Vamos, vamos, no hablemos más de eso!

CANTAVALLE: Al contrario. Hablemos, querido maestro. Es una suerte que podamos tener ahora su testimonio. ¿Le parece poco? Ahora le diré...si puedo hablar delante de la señora. (Señala a Honoria.)

HONORIA: (contrariada): Me retiro; pero tengan en cuenta que en este momento la señorita...

LUDOVICO: ¿Te sientes mal?

HONORIA: ¡Sí, se siente muy mal!

LUDOVICO: ¿Qué tiene?

ERSILIA: No sé...no sé; sudores fríos, una angustia...

HONORIA: Venga conmigo. Hágame caso. Venga conmigo, por aquí. (Indica la puerta del foro.)

ERSILIA: No, no...

HONORIA: Pero sí, se acostará.

LUDOVICO: Ve, ve, si te sientes tan mal...

HONORIA: Se tenderá en la cama...

ERSILIA: No, gracias. Déjenme. Puedo resistir todavía.

CANTAVALLE: Las consecuencias del veneno, es sabido. Pero verá que ahora, con buenos cuidados...

LUDOVICO: ¡Y tranquilidad!

HONORIA: Yo estoy a su disposición, hija mía. Disponga de mí como quiera...Si me necesita, llámeme.

ERSILIA: Sí, gracias, señora.

HONORIA: Y ahora me retiro.

CANTAVALLE: Señora, mis reverencias.

HONORIA: (alejándose despacio, a Ludovico): No la hagan hablar. Un poco de consideración. ¿No ven qué cara tiene?



¡Pobre criatura! (Sale por la puerta del vestíbulo.)  
Ludovico se dirige a cerrarla.)

CANTAVALLE: Lamento las molestias...

LUDOVICO: (seco): Querido Cantavalle, le ruego que abrevie.

CANTAVALLE: ¡Dos minutos, querido maestro, dos minutos!

LUDOVICO: Pero, en fin, ¿se puede saber qué diablos quiere todavía ese señor cónsul?

ERSILIA: (aterrada): ¿El cónsul?

LUDOVICO: Sí, él, sí. (A Cantavalle.) Habrá que ponerlo en su lugar.

ERSILIA: (igual): ¿Acaso está aquí?

CANTAVALLE: Aquí, sí. Ha ido ayer al periódico a armar un escándalo, señorita.

ERSILIA: (aparte, desesperada): ¡Oh mi Dios, mi Dios!

LUDOVICO: ¿Y qué es lo que quiere desmentir?

CANTAVALLE: Todo. Quiere desmentir todo.

ERSILIA: (a Cantavalle): ¿Ve usted, ve? El mal que yo no quería y que usted prometió no hacer.

CANTAVALLE: ¿Yo? ¿Mal? ¿Qué mal?

ERSILIA: ¡Pero sí, hacer público el nombre de la ciudad, el cargo de esa persona!

LUDOVICO: ¡Ajá! ¿Con que un desmentido general?

CANTAVALLE: Perdóneme, maestro. Respondo a la señorita; el nombre, señorita, el nombre con todas las letras, realmente yo no lo he publicado.

LUDOVICO: Pero si ha hecho muy bien en desenmascararlo...

CANTAVALLE: No. Yo he dicho simplemente: "Nuestro cónsul en Esmirna". ¿Cómo quiere usted que el lector sepa quién es nuestro cónsul en Esmirna? Ni siquiera yo lo sabía, como no lo sé aún ahora. Podría imaginarme cualquier cosa, menos que ese señor caería como un rayo en la redacción.

ERSILIA: (aparte desesperada): ¡Dios mío! ¡Dios mío!



LUDOVICO: ¿Y ha venido a Roma expresamente para eso?

CANTAVALLE: No, no expresamente para eso. Ha venido a causa de la desgracia de la hijita --que nosotros hemos relatado --; y porque su mujer está como loca, dice. No puede vivir más en el lugar donde sucedió el accidente. Y es lógico.

ERSILIA: Sí, lo decía, lo decía...

CANTAVALLE: En una palabra: ha venido para pedir el traslado, ¿me explico? Ha leído el diario. (Se besa la punta de los dedos.) Un lío, querido maestro.

LUDOVICO: Pero, ¿por qué?

CANTAVALLE: ¿Cómo por qué? El tiene una delicadísima posición oficial que defender, ¿comprende? ¡Cónsul! Amenaza al diario con una querrela por difamación.

LUDOVICO: ¿Una querrela? Pero, en fin, ¿qué decía de él el diario?

CANTAVALLE: El sostiene que un montón de falsedades en perjuicio suyo.

LUDOVICO: ¿Falsedades?

ERSILIA: Yo no sé todavía qué cosas dijo usted sobre él, sobre la mujer, sobre la desgracia.

CANTAVALLE: Le puedo asegurar, señorita, que me limité a repetir fielmente lo que usted me dijo, ni más ni menos. He puesto, sí, toda la emoción que experimenté, pero sin alterar en nada ni los detalles ni los hechos. Puede comprobarlo usted misma, por otra parte, leyendo el diario.

LUDOVICO: (que busca entre los papeles del escritorio):Tengo que tenerlo...tengo que tenerlo...

CANTAVALLE: No lo busque, maestro, yo se lo mandaré. (A Ersilia.) Perdón, señorita, le ruego que tenga en cuenta la atención que he querido demostrarle. He venido aquí para preguntar cómo debo proceder ante la reclamación y la amenaza de este señor.

ERSILIA: (poniéndose de pie con un sobresalto convulsivo de cólera y de indignación, y casi apretando los dientes): Pero no tiene nada que reclamar, ninguna amenaza que hacer, él.

CANTAVALLE: Mucho mejor, entonces, mucho mejor.

ERSILIA: (cayendo de pronto abatida sobre el sillón): ¡Oh



Dios, qué mal me siento! ¡Qué mal me siento! (Pres-  
sa de un inmenso llanto, se sacude, de pronto, en  
breves estremecimientos que parecen risas, y por fin  
se abandona, desvanecida.)

LUDOVICO: (corriendo hacia ella, presuroso, sosteniéndola y  
reconfortándola con la ayuda de Cantavalle): ¡Er-  
silia! ¡Ersilia! ¡No!

CANTAVALLE: ¡Señorita! ¡Pero no! ¡Se lo ruego! ¡Tranquilícese!

LUDOVICO; ¿Qué tienes? ¡No, no llores más!

CANTAVALLE: ¡No hay motivo señorita!

LUDOVICO: ¡Oh Dios, se desmaya! ¡Llama, llame a la señora!

CANTAVALLE: (corriendo al vestíbulo): ¡Señora! ¡Señora!

LUDOVICO: (gritando): ¡Señora Honoria!

CANTAVALLE: ¡Señora Honoria! ¡Señora Honoria! (Sale.)

LUDOVICO: ¡No, no, Ersilia. ¡Dios mío! Sé buena, sé buena...  
¡No es nada! (Cantavalle regresa, acompañado por  
la señora Hortensia que trae un frasco de sales.)

HONORIA: ¡Ya voy, ya voy! ¡Pobre hija mía! (Le acerca a la  
nariz el frasco de sales.) ¡Yo les dije que no la  
hicieran hablar, que la dejaran en paz!

CANTAVALLE: ¡Ya está, ya vuelve en sí!

LUDOVICO: ¡Hay que llevarla a la cama!

HONORIA: ¡Esperen, esperen!

LUDOVICO: ¡Ersilia!

HONORIA: ¡Vamos, vamos, hija mía! ¡Todo ha pasado ya! ¡Animo!

LUDOVICO: ¡Vamos, vamos, Ersilia, coraje!

CANTAVALLE: ¡No es nada, no es nada, señorita!

ERSILIA: (con estupor infantil, casi alegre); ¿Qué pasó?  
¿Me caí?

LUDOVICO: No. Pero nos has dado un buen susto.

ERSILIA: ¿No me caí?



LUDOVICO: ¡Te digo que no!

HONORIA: Pruebe, pruebe, a ver si puede levantarse.

LUDOVICO: Eso sí: ¡despacito, despacito!

ERSILIA: Me pareció que me caía... Como si de repente, no sé, me hubiese vuelto de plomo... (Su mirada se detiene en Cantavalle, y al verlo la asalta una especie de terror nervioso. Se pone de pie bruscamente.) ¡Oh, no! ¡Oh, no! (Vacila; está a punto de caer; Ludovico y la señora Honoria la sostienen.)

LUDOVICO: ¡Pero no! ¡Vamos, Ersilia! ¿Qué tienes?

ERSILIA: (se aparta, convulsa, de la mirada de Cantavalle y trata de huir): ¡Vamos, vamos, vamos!

HONORIA: Sí, vamos, vamos para acá... (Ayudada por Ludovico, la conduce hacia la puerta del foro.)

LUDOVICO: Sobre la cama, sí. Nosotros te ayudaremos..

HONORIA: ¡Despacito, despacito! Yo me quedaré con usted... Se acostará...

LUDOVICO: Un poco de reposo...y todo habrá pasado.

ERSILIA: No puedo ver...no puedo oír nada más...

HONORIA: (desde la puerta a Ludovico): Usted quédese aquí. Yo la cuidaré. (Desaparece con Ersilia por la puerta del foro.)

LUDOVICO: ¡Me parece que podrían dejar de atormentar a esta muchacha!

CANTAVALLE: ¡No me lo diga a mí, maestro, que estoy tan acongojado!... ¡Pero yo no he dicho todo! Hay todavía algo más que la señorita aún no sabe.

LUDOVICO: ¿Algo más?

CANTAVALLE: ¡Y sí! Es mejor que se lo advierta. El mismo cónsul ha ido a la redacción para decírmelo.

LUDOVICO: ¡Pero mándenlo al diablo!

CANTAVALLE: ¡Espere! No quiero vanagloriarme, mi querido maestro, pero el efecto de mi artículo ha sido colosal. Parece que la novia del teniente, indignada por su traición hacia la señorita Drei, ha deshecho la boda, ¿comprende?

LUDOVICO: ¿Ah sí?



- CANTAVALLE: ¡Como efecto, es formidable! Tanto más cuanto que descubierto el secreto, me parece que no sólo la indignación de la novia es lo que ha hecho nacer remordimientos en el joven, ¿comprende? Ha sido más que nada la conmoción general provocada por la tentativa de suicidio, tal como la he contado yo. ¡Ha perdido la cabeza!
- LUDOVICO: ¿El teniente de navío?
- CANTAVALLE: El mismo. Se llama...espere...me parece que Laspiga. ¡Ha perdido totalmente la cabeza! El cónsul nos lo ha dicho.
- LUDOVICO: ¿Y él cómo lo sabe?
- CANTAVALLE: Porque el padre de la prometida ha ido a buscarlo al Ministerio de Relaciones Exteriores, y le ha contado todo.
- LUDOVICO: ¡Ah, es un lindo enredo!
- CANTAVALLE: Sí. Y también para usted, maestro, que se encuentra mezclado en el asunto.
- LUDOVICO: ¿Yo?
- CANTAVALLE: Y yo también. Me encuentro amenazado ~~por~~ una querrela por difamación.
- LUDOVICO: ¿Pero, y el padre de la novia?
- CANTAVALLE: ¡Hace un escándalo de los mil diablos! Porque la hija, en el primer momento, se indignó; pero en seguida, ¿se imagina?, en la víspera de la boda... llantos, convulsiones, desesperación; un desbarajuste. Como el cónsul conoció a este Laspiga en Esmirna, y tenía en su casa a la señorita como institutriz...
- LUDOVICO: ¿El padre de la novia ha ido a pedirle informes a él?
- CANTAVALLE: Parece.
- LUDOVICO: ¡Me figuro cuáles le habrá dado! ¡La inculpan hasta de la muerte de la chica! (En ese momento, por la puerta del vestíbulo, que había quedado abierta, se precipita en escena, fuera de sí, con la palidez y los temblores de quien ha pasado varias noches sin dormir y casi ha perdido la cabeza, Franco Laspiga. Tiene veintisiete años; es rubio, alto, enjuto; viste con elegancia.)
- FRANCO: Permiso. Perdonen. ¿Ersilia? ¿Dónde está? ¿Está aquí? ¿Dónde está?



- LUDOVICO: (sorprendido, como Cantavalle, por esta inesperada irrupción): ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?
- FRANCO: Soy Franco Laspiga. El hombre por quien...
- CANTAVALLE: ¡Ah, el señor Laspiga!
- LUDOVICO: ¿También él aquí?
- FRANCO: Estuve en el hospital: ella acababa de salir. Corrí al diario, donde supe... (Se interrumpe para dirigirse a Cantaville.) Le pido perdón: ¿es usted el escritor Ludovico Nota?
- CANTAVALLE: ¿Yo? ¡No! ¡Es él!
- FRANCO: ¡Ah! ¿Es usted?
- LUDOVICO: (muy fatigado): Yo. Entonces...¿lo saben todos?
- CANTAVALLE: ¡Eh. maestro! ¡Usted olvida quién es!
- LUDOVICO: (enojado, alzando los brazos): ¡Pero hágame el favor!
- CANTAVALLE: Su determinación ha dado mucho que hablar.
- FRANCO: (atontado, confundido): ¿Qué determinación? ¡Dios mío, díganme! ¿Acaso no está aquí?
- LUDOVICO: (casi arrojándose sobre Cantavalle): ¿Cree usted que se me ha ocurrido exponerla en una plaza pública y exponerme con ella?
- CANTAVALLE: ¡Pero no! ¿Qué dice?
- LUDOVICO: (furioso): ¡Digo que estoy harto de todo este escándalo! (A Franco) Hace apenas una hora que la señorita está aquí.
- FRANCO: ¡Ah! ¿Está aquí? ¿Y dónde? ¿Dónde?
- LUDOVICO: Fui a buscarla a la salida del hospital. No sabía a dónde ir y le ofrecí refugio en mi casa, dispuesto a irme esta noche a dormir al hotel...
- FRANCO: Le estoy muy agradecido...
- LUDOVICO: (estallando, en el colmo de la irritación): ¿Por qué, agradecido? ¿Porque yo no soy joven? ¿Es por eso su agradecimiento? ¡Terminemos! ¿Qué quiere usted aquí?



- FRANCO: (rápido, con arrebató): ¿Yo? ¡Reparar, señor, reparar! ¡Echarme a sus pies, hacerme perdonar!
- CANTAVALLE: ¡Enhorabuena! ¡Bravo! ¡Eso es ser un caballero!
- LUDOVICO: ¡Me parece que podría haberlo pensado antes!
- FRANCO: Tiene razón, sí, no pensaba... Quise... quise olvidar... He pasado días... pero, ¿dónde está? ¿Allí? ¡Dejenme verla!
- LUDOVICO: No querría que en este momento...
- FRANCO: No. ¡Déjenme hablar con ella, por favor!
- CANTAVALLE: Quizá sería mejor prevenirla.
- LUDOVICO: Está en cama.
- CANTAVALLE: Porque quizá la alegría...
- FRANCO: Pero, ¿todavía está mal?
- LUDOVICO: Se ha desmayado hace un rato.
- CANTAVALLE: Y la emoción, ¿sabe?, podría...
- FRANCO: (enloquecido): No pensaba, no creía que aquel sueño... Dios mío, este final... de un golpe ha destruido mi vida... Todos aquellos gritos de los vendedores de diarios... Como si me agarraran y me echaran por tierra... gritos, gritos... mi novia, el padre, la madre... hasta los inquilinos en la escalera... Corrí enseguida al hospital... ¡No me dejaron verla!... ¡Qué mal, qué mal les he hecho a todos! Ven que el mundo entero está lleno del mal que yo he hecho. Me siento aplastado. ¡Debo reparar, debo reparar!
- CANTAVALLE: Pero sí, sí, ¡magnífico! ¡No se quiere otra cosa! (Entra por la puerta del foro la señora Honoria, y les hace señas para que callen. Enseguida cierra la puerta y avanza.)
- HONORIA: ¡Cállense, cállense, por favor! ¡Ha oído todo!
- FRANCO: ¿Qué yo estoy aquí?
- HONORIA: Sí, y le han dado temblores convulsivos. ¡Amenaza arrojarse por la ventana, si usted entra!
- FRANCO: ¿Cómo? ¿Por qué? ¿No me perdona?



CANTAVALLE: (al mismo tiempo): Pero, ¿cómo?...más bien...tendría..

HONORIA: ¡No! ¡Es un angel! Dice que no quiere.

LUDOVICO: ¿Qué es lo que no quiere?

HONORIA: (a Franco): Dice que usted tiene que volver con su novia.

FRANCO: (fuerte, cortante): ¡No! ¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado con ella!

HONORIA: No quiere que otra muchacha sufra ahora por causa de ella.

FRANCO: ¡No! ¿Quién? ¡Si ahora es ella, Ersilia, mi novia!

HONORIA: ¡No quiere saber nada!

FRANCO: ¡Pero si he venido para hacerme perdonar, para borrar todo el mal que le he hecho!

HONORIA: ¡Por favor, hable bajo! ¡Qué no lo oiga!

FRANCO: (a Ludovico): ¡Vaya, vaya usted a decírselo! ¡Convénzala!

LUDOVICO: ¡Claro! ¡Es una reparación muy justa!

FRANCO: Dígale que no se preocupe por nada; que yo estoy aquí para ella; que mi primer deber es hacia ella; y que no haganada, por favor, contra esta oportunidad de poder reparar todo el tiempo. ¡Vaya! Vaya! (Ludovico sale por la puerta del foro.)

HONORIA: (obstinada): Lo hace por la otra.

FRANCO: (de golpe, irritado): ¡Si ya todo ha terminado con la otra! ¡Todo ha concluido!

HONORIA: ¡No quiere! ¡No quiere!

FRANCO: ¿Cómo no quiere? ¡Ahora yo ya no puedo volverme atrás! ¡Por mí, por mi mismo no puedo! Porque todo ahora se me ha vuelto presente...

CANTAVALLE: ¡El pasado! ¡Ah, sí! ¡La evocación!

FRANCO: Algo que, no sé por qué, me parecía tan lejano, ¡tan lejano! ¡Cómo si lo hubiese soñado! Como si esa noche no hubiese existido...aquella promesa...las promesas que se hacen porque...sí, porque en ese momento deben hacerse...



CANTAVALLE: Y después todo pasa...

FRANCO: (continuando con arrebatos): Creí... creí que no tenía por qué atormentarme con escrúpulos; que tenía derecho a todo, a pesar de las cartas de ella que recibía y que yo destruía sin darles importancia. Es increíble, increíble que haya podido mentir... mentirme a mí mismo; hacer lo que he hecho--mientras para ella mi promesa conservaba su valor, todo era verdad, para mí era casi un sueño apenas--. Ella tenía razón. ¡Todo era verdad! Y cuando ella llegó aquí, mi traición--ahora lo comprendo--fue evidente tanto para ella como para mí; y de pronto todos esos gritos me arrastran a una realidad que bruscamente se hizo presente, y que arranca todo de cuajo, lo anota todo. (Entra Ludovico, grave, turbado, resuelto.)

LUDOVICO: No. Por el momento no es posible.

FRANCO: ¡Cómo que no es posible! ¿Qué dice?

LUDOVICO: Me prometió que lo verá mañana.

FRANCO: ¡Oh Dios! Pero yo esta noche me volveré loco. ¡No!

LUDOVICO: Le digo que no es posible. ¡Ahora no es posible!

FRANCO: ¡Hace tres noches que no duermo! ¡Déjeme decirle una palabra, por lo menos! ¡Se lo ruego!

LUDOVICO: (con firmeza, casi duramente): ¡Inútil insistir! (Atenuando.) ¡Será mejor por ella, créame!

FRANCO: ¿Pero, por qué?

LUDOVICO: Déjela reflexionar esta noche. Yo le he hablado, le he dicho...

FRANCO: ¿Pero, por qué no quiere? Si es a causa de la otra, ¡todo ha terminado! No entiendo; si ha querido matarse por mí, ¿por qué no quiere?

LUDOVICO: (perdiendo la paciencia): Querrá, querrá, pero espere que se calme, ¡santo cielo!

CANTAVALLE: ¡Usted también tiene que calmarse!

FRANCO: No puedo... No puedo...

LUDOVICO: (suavizándose): Escúcheme. Estoy seguro de que mañana se convencerá. (A la señora Honoria.) Vaya, vaya usted, mientras tanto, se lo ruego. No la deje sola.



- HONORIA: (corriendo): Sí, sí, voy...Pero encienda la luz, no se ve nada. (Sale por el foro. Ludovico enciende la luz.)
- LUDOVICO: Ahora vayámonos nosotros.
- FRANCO: ¿No podría ni siquiera verla?
- LUDOVICO: Mañana la verá, le hablará. Estaré yo también. Ahora vámonos. (Le indica la puerta.)
- CANTAVALLE: Verá que forzosamente reconocerá que es la mejor solución.
- LUDOVICO: (yendo también hacia la puerta): Sí. Por el momento dejémosla tranquila; sufre, vacila...Venga, vamos.
- FRANCO: (delante de la puerta): Yo creía que tal vez con mi llegada...
- LUDOVICO: (empujando a Cantavalle para que salga): Adelante, adelante.
- CANTAVALLE: Gracias, maestro. (Sale)
- LUDOVICO: (a Franco):Pase. Su llegada, quizás...(Sale con Franco y cierra la puerta. La escena permanece vacía durante un momento. Se oyen los ruidos de la calle. Después la puerta del foro se abre y entra agitadísima, abotonándose el vestido, Ersilia, seguida por la señora Honoria. La escena que sigue debe ser representada con mucha animación.)
- ERSILIA: ¡No, no! ¡Quiero irme, quiero irme!
- HONORIA: ¿Pero adónde, adónde quiere ir?
- ERSILIA: ¡No lo sé! Irme.
- HONORIA: ¡Es una locura!
- ERSILIA: Desaparecer. ¡Perderme en la calle! ¡No lo sé! (Toma el sombrero.)
- HONORIA: (deteniéndola): No, no. No se lo permitiré.
- ERSILIA: ¡Déjeme, déjeme! ¡No quiero quedarme más aquí!
- HONORIA: ¿Por qué?



- ERSILIA: ¡Porque no quiero ni ver ni oír a nadie más!
- HONORIA: ¿Quiere decir que mañana no lo recibirá?
- ERSILIA: No, no. ¡A nadie! ¡Déjeme ir, por favor!
- HONORIA: Y bien, a nadie. Se lo diré al señor Nota. ¡Quédese tranquila!
- ERSILIA: ¿Qué culpa tengo yo si me han salvado?
- HONORIA: ¿Usted, culpa? Pero, ¿qué dice? ¿Culpa?
- ERSILIA: ¡Me acusan! ¡Me acusan!
- HONORIA: ¡No! ¿Quién la acusa?
- ERSILIA: Todos. ¿No ha oído?
- HONORIA: Pero no, si él ha venido para hacerse perdonar.
- ERSILIA: ¿Perdonar qué? He hablado de él porque creí que iba a morir. ¡Ahora basta, basta!
- HONORIA: Está bien. Se lo diré mañana al señor Nota...
- ERSILIA: Deseaba estar en paz aquí.
- HONORIA: ¿Y por qué no puede estarlo, si quiere?
- ERSILIA: Ya verá: porque lo fastidiarán, lo cansarán.
- HONORIAS: ¿Al señor Nota?
- ERSILIA: Usted lo ha dicho.
- HONORIA: No, no lo creo. Es un poco como leche hirviendo; pero es bueno. Verá que en el fondo es bueno el señor Nota.
- ERSILIA: Pero esté ese otro...
- HONORIA: ¿Quién?
- ERSILIA: Ese otro, que yo no quería ni siquiera nombrar. Ha ido al diario a amenazar...
- HONORWA: ¿El cónsul?



ERSILIA: ¡El! ¡No me dejará nunca en paz! (Reaccionando de nuevo, desesperada.) ¡Oh Dios! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir!

HONORIA: No. Cállese. El señor Nota lo mantendrá en su lugar a ése. ¿Qué puede hacerle ahora, después de haberla tratado como la ha tratado? Cállese, vamos, cállese. (Ersilia se deja caer, agotada, sobre una silla.) ¿No ve que no se puede tener en pie?

ERSILIA: (desesperadamente): Es verdad, no puedo... ¡Oh Dios! ¿Qué debo hacer?

HONORIA: Vuelva a la cama, sea buena. Le llevaré algo que comer. Después descansará tranquila...

ERSILIA: (en voz baja, tímidamente, volviéndose hacia Honoria para una de esas confidencias llenas de sobreentendidos que las mujeres se hacen entre sí.) Pero usted comprenda que estoy así... como me ha visto, y...

HONORIA: ¿Y?

ERSILIA: No tengo nada... nada, conmigo... Tenía en el hotel donde estaba una valija. No sé si estará, si se habrán quedado con ella.

HONORIA: Mañana nos ocuparemos de retirarla. No se preocupe. Enviaré a alguien o iré yo misma.

ERSILIA: (igual que antes): Sí, pero ahora... ahora... ahora, estoy desnuda...

HONORIA: (en seguida, afectuosamente): Me ocuparé, me ocuparé de todo. Vaya a la cama, que aquí estoy yo. Vaya, vaya. Vuelvo en seguida. Me daré prisa. (Sale. Ersilia permanece sentada un instante, mira alrededor como perdida. Después inclina la cabeza hacia un costado, desesperadamente cansada. Pero respira mal. Se pasa una mano por la frente helada; teme desmayarse nuevamente; se levanta, abre una ventana. Los rumores de la calle, al caer la noche, se han ido atenuando; luego, han cesado casi totalmente. Un grupo de muchachos pasa gritando; uno de ellos canta vulgarmente una "canzonetta" sentimental; pero el canto se quiebra de pronto entre risotadas y alaridos. Ersilia, que ha vuelto a sentarse junto a la mesa, espera que el grupo se aleje y los ruidos cesen.)

ERSILIA: (con los ojos dilatados y voz apagada): La calle...

Ustimate

Preocupado

Ojo

Gritar

grita muchachos

z "canzonetta" - italiano



TAPE I 3 minutos

7 Ligarlo a Tape  
+ RAPICO 3 3/4

-32-

ACTO SEGUNDO

Margaret

Rudo Calle

Fondo

Rudo Trafico de Naciones

El mismo decorado del primer acto, al día siguiente, por la mañana. Franco Laspiga y Ludovico Nota entran por la puerta del vestíbulo seguidos por Emma, la criada. Ludovico lleva el sombrero puesto. Franco deja el suyo sobre la primera silla, junto a la puerta. Luego Ludovico hará lo mismo.

(Cerrales las  
ventanas)

LUDOVICO (a Emma): ¿La señora Honoria?

EMMA: (señalando a la puerta de foro): Está allí con la señorita.

LUDOVICO: ¿Sabe cómo ha pasado la noche la señorita?

EMMA: ¡Ah, mal! ¡Ha sufrido tanto!...Creo que no ha dormido nada. Ni la señora tampoco.

FRANCO: Si hubiese podido hablar ayer...

LUDOVICO: (a Emma): Entre despacito y dígame a la señora Honoria que estoy aquí.

EMMA: Sí, señor. (Inicia salida por el foro.)

LUDOVICO: ¿Hay correspondencia para mí?

EMMA: (volviéndose): Sí, señor. Allí está, sobre el escritorio. (Abre la puerta silenciosamente y sale.)

LUDOVICO: (yendo a buscar la correspondencia, a Franco): Siéntese mientras tanto, siéntese.

FRANCO: No, gracias. No puedo estar sentado.

LUDOVICO: (resoplando): ¡Oh, abro un poco! (Abre una de las ventanas y se pone a revisar la correspondencia. No hay más que periódicos. Los rumores de la calle se distinguen cada vez más, mezclados con los del mercado de la mañana. En un momento dado, molesto, cierra la ventana y se acerca a Franco, señalándole con el dedo una noticia en un diario.) Mire, lea aquí. (Le entrega el diario.)

FRANCO: (después de haber leído): ¿Un desmentido?

LUDOVICO: Sí. Dice que lo publicarán mañana. (Entra por el foro la señora Honoria, seguida por Emma, que sale por la otra puerta.)

FRANCO: (viéndola entrar, ansioso): ¡Ah! La señora...

HONORIA: (agitando las manos): ¡Qué noche, qué noche!



- FRANCO: ¿Y qué hace? ¿No viene?
- HONORIA: Si puede. Sabe que está también usted; lo supone. Pero no la turbe, se lo ruego. Se había adormilado un poco esta mañana.
- LUDOVICO: Y con este ruido de la calle...
- HONORIA: No. La muchacha ha entrado a decirnos que estaba usted y otro señor, y se ha despertado. He temido tanto que se opusiese como anoche.
- FRANCO: (como para conjurar): ¡No, no!
- HONORIA: Tranquilícese. Ha dicho que hablará con usted.
- FRANCO: ¡Ah! Bueno. Se habrá convencido.
- LUDOVICO. Naturalmente. Y si todavía no se ha convencido, verá que la convenceremos nosotros.
- HONORIA: Tengo mis dudas. Anoche, después que ustedes se fueron, quería escapar.
- LUDOVICO: ¿Escapar?
- FRANCO: ¿Y adónde? ¿Por qué escapar?
- HONORIA: ¡Vaya a saber! Irse. ¡He tenido que hablar tanto para retenerla! Pero yo no comprendo cómo la han dejado salir del hospital; no está curada todavía.
- LUDOVICO: (un poco fastidiado, con frialdad): Sin embargo, mientras estaba conmigo...
- HONORIA: ¡No, qué esperanza! Ha pasado las de Caín para sostenerse, para disimular que sufría. ¡Teme tanto que usted se canse!
- LUDOVICO: ¿Yo? No...ahora más bien...(Señala a Franco.)
- FRANCO: Sí, sí. Yo la cuidaré.
- HONORIA: Voy a reposar un momento. No puedo más; me caigo de sueño. Pero si me necesitan...
- LUDOVICO: Sí, vaya, vaya.
- HONORIA: ...hágame llamar. (Va a salir, pero regresa y dice a Ludovico): ¡Ah! Mire que la pobrecita no tiene que ponerse. Le han retenido la valija en el hotel, no sé, o en la comisaría. Habría que ocuparse de retirarla.



LUDOVICO: Sí, sí, ya nos ocuparemos.

HONORIA: Pero pronto. Hoy mismo. Ella está... (Está por decir "desnuda"; se contiene y exclama): ¡Dios mío! No puede presentarse así ante la gente. ¿Se ocupará usted?

FRANCO: Me ocuparé yo.

HONORIA: Creo que sería mejor que lo hiciera usted, señor Nota.

LUDOVICO: (nuevamente fastidiado): Está bien. (Reaccionando, en otro tono.) Esperamos ahora que usted le diga... (Alude a Ersilia.)

HONORIA: Le ruego que sea bueno.

LUDOVICO: (colérico): ¡Ah qué lindo! Me gusta esa recomendación; usted, que ayer...

HONORIA: Pero ayer yo no sabía. Es como en la calle, cuando un grupo de perros rodean a un pobre animalito. Cuanto más manso es-- uno se pregunta por qué -- tanto más los otros se arrojan encima para morderlo y desgarrarlo. ¡Pobrecita! ¡Está tan desorientada, tan humillada!

LUDOVICO: (igual que antes): Yo también veo ahora las cosas de otra manera, créamelo.

HONORIA: ¿Qué? ¿Se refiere a ella? (Alude con pena a Ersilia.)

LUDOVICO: A toda esta historia que creía terminada y completamente diferente. No pudo resultar peor. Primero, ese periodista con su crónica; después, el señor (Indica a Franco.); y luego ese señor cónsul que todavía nos cae de regalo, que protesta. (A Franco): ¿Leyó el diario?

FRANCO: Entonces, ¿el cónsul Grotti está aquí?

LUDOVICO: (con vivacidad, para explicar su cólera): Sí, también él, y todos los otros. Y parece que el padre de su novia ha ido a buscarlo.

FRANCO: (estupefacto, turbándose): ¿El padre de mi novia? ¿Y por qué?

LUDOVICO: No sé. Para pedirle informes, tal vez.

FRANCO: (indignado): ¿Y qué pretende todavía, después de haberme cerrado la puerta en las narices? ¡Ah! Además, ¿también el cónsul Grotti está en contra de ella?



- HONORIA: ¡Todo el mundo en contra de ella!
- LUDOVICO: Parece. ¿Que parece? Es claro. Compréndanme; yo vivo aquí absorbido por mi trabajo.
- FRANCO: (casi para sí, con rabia): Querría saber por qué razón el cónsul Grotti...
- LUDOVICO: El sabrá. En cuanto a mí, lo confieso, me interesé por un caso vivo; cosas y personas--naturalmente como me las había imaginado--. Y ahora, todas estas consecuencias, toda esta confusión, y bien...me han arruinado, me han arruinado todo. Pero, por suerte, ahora está usted aquí.
- FRANCO: Sí, estoy yo, estoy yo.
- HONORIA: Bueno. Ahora me voy. (Juntando las manos en un ademán de súplica): Piensen un poco. (Sale por la puerta del vestíbulo.)
- FRANCO: (resuelto, con arrebató): Pienso llevarla lejos. Con mis vinculaciones, encontraré la forma. ¡Ah, lejos, lejos!
- LUDOVICO: No se exalte tanto. ¿Ve lo que sucede? Es necesario controlarse.
- FRANCO: Sí, pero, y ella, ¿se ha controlado a caso? (Alude a Ersilia.)
- LUDOVICO: Me parece que es el ejemplo más desdichado. Es la víctima.
- FRANCO: Sí, ¿pero por qué? Precisamente porque yo, por no exaltarme demasiado como usted dice, la he traicionado, traicionándome yo mismo antes que a nadie. He dejado el mar, el mar, para hundirme de este modo en el pantano de esta vida mediocre.
- LUDOVICO: Y desgraciadamente, en un momento dado, la vida nos obliga...
- FRANCO: (concierto arrebató): No, no. Somos nosotros quienes nos dejamos persuadir de que no es posible vivir como lo hemos soñado, y que es difícil, imposible, aquello que en el sueño nos parecía fácil, tan fácil que lo tocábamos.
- LUDOVICO: Sí. Es que en ciertos momentos, querido señor, el alma se libera de todas las miserias comunes.
- FRANCO: Eso es, sí señor.
- LUDOVICO: Salta por encima de los pequeños obstáculos de la existencia cotidiana; No advierte más las menudas



necesidades; se libera de todos los cuidados mezquinos y de todos los deberes mediocres.

FRANCO: ¡Es eso! Y entonces, desligada, libre, respira, palpita en una atmósfera de fervor, de llamarada, donde hasta las cosas más difíciles, como le decía, se vuelven facilísimas.

LUDOVICO: Y todo es leve y agradable como en una ebriedad divina. Sí. Pero son momentos, querido señor.

FRANCO: (rápido, con fuerza): Porque nuestra alma no sabe resistir, porque nuestra alma cede; ¡ése es el porqué!

LUDOVICO: (sonriendo): No, no. Porque usted no conoce todas las vueltas, todas las burlas, todas las graciosas sorpresas que le prepara su alma cuando vibra así, cuando palpita en el aéreo fervor de esos momentos, desligada de toda reflexión, delirante, deslumbrada por la llamarada del sueño. Usted no se da cuenta; pero un buen día--un mal día--se siente arrastrado hacia abajo.

FRANCO: ¡Exacto! sí! Pero no hay que ceder. No hay que dejarse arrastrar hacia abajo. Y por eso le digo que quiero irme lejos, muy lejos; llevarla de nuevo allá, donde ella vivía esperándome feliz, confiada, en la luminosa felicidad de aquel sueño que a mí, en la ceguera de mi espíritu y de mi conciencia, sólo me parecía una locura de la que me había curado. ¡Y pensar que me complacía por esa curación, como si me hubiese dado a mí mismo una prueba de...de inteligenteadesenvoltura, eso! Pero ahora siento que he vuelto a encontrar mi alma de entonces; me he reencontrado. ¡Y se lo debo a ella!

LUDOVICO: No se exalte. ¡Verá qué mal está!

FRANCO: Yo haré que vuelva a ser la de antes. (Se abre la puerta de foro. Aparece Ersilia.) ¡Aquí está! (Apenas la ve, aparte, con una voz apagada.) ¡Dios mío!... (Ersilia entra con los cabellos desordenados. Su rostro es de una palidez mortal; avanza hacia Ludovico con una resolución desesperada.)

ERSILIA: Renuncio, renuncio, señor Nota. Yo no quería esto tampoco... No. ¡No, no es posible! Renuncio a todo, a todo.

LUDOVICO: ¿Pero qué dice? Mire quién está. (Indica a Franco.)

FRANCO: ¡Ersilia! ¡Ersilia!

ERSILIA: ¡Usted! ¿A quién llama? ¿Ve quién soy, lo que soy?

FRANCO: Veo cómo has cambiado. (Acercándosele, con pasión): Pero eres mi Ersilia, mi Ersilia. (Intenta abrazarla.) ¡Volverás a ser mi Ersilia!



- ERSILIA: (retrocediendo horrorizada): ¡No me toque, no me toque! ¡Déjeme!
- FRANCO: ¿Cómo? ¿Me tratas de usted? Tu, que debes ser mía, mía, como ya lo fuiste.
- ERSILIA: ¡Ah, es un dolor verdaderamente insoportable! ¿Cómo debo decir, Dios mío, cómo puedo hacer comprender que para mí todo tendría que haber acabado?
- FRANCO: Pero si no ha terminado. ¿Ves que no ha terminado, puesto que estoy nuevamente contigo?
- ERSILIA: Usted no puede volver a ser ahora el que fue allá para mí.
- FRANCO: Pero sí, pero sí. Soy el mismo, el mismo.
- ERSILIA: No. Le repito que no, por la misma razón de que yo, yo--¡Dios mío, ¡podría darse cuenta!--, yo no puedo ser la misma.
- FRANCO: No es verdad. Quisiste matarte por mí, lo dijiste. ¿Y entonces?
- ERSILIA: (hosca, con extrema resolución): Y entonces, ¡no es verdad!
- FRANCO: ¿No es verdad?
- ERSILIA: No es verdad. No fue por ti. Si ni siquiera vine a buscarte. ¡He mentido!
- FRANCO: ¿Has mentido?
- ERSILIA: Sí. Di una razón...la última. En aquel momento era verdadera y ahora ya no lo es.
- FRANCO: ¿No lo es? ¿Por qué no lo es?
- ERSILIA: Porque, para mi desdicha, ahora vivo, estoy viva todavía.
- FRANCO: ¿Para tu desdicha? ¡Es una felicidad!
- ERSILIA: ¡Ah, no, gracias! ¡Hermosa felicidad! ¿Querías condenarme a ser aquella que quise matar? No, no. ¡Basta de aquella! Déjala tranquila con la razón que dió y que ahora no tiene ningún valor, ni para mí, ni para tí. ¡Basta!
- LUDOVICO: Perdón, ¿pero por qué no tiene valor?
- FRANCO: Si por esa razón quisiste morir...



- ERSILIA: Precisamente. Morir. Terminar. No estoy muerta, ya no tiene valor.
- FRANCO: Si yo no pudiese remediar...pero puedo.
- ERSILIA: No, no.
- FRANCO: ¿Cómo no? Lo que entonces era para ti una razón para morir, ahora debe ser, por el contrario, una razón para vivir, me parece.
- LUDOVICO: Naturalmente.
- FRANCO: Estoy aquí para eso.
- ERSILIA: (con la voz cambiada, bruscamente, concisa, destacando las sílabas con el índice y el pulgar de la mano unidos, para acompañar con el ademán las palabras): No llego ni siquiera a reconocerte.
- FRANCO: (estupefacto): ¿Tú...a mí?
- ERSILIA: (levanta bruscamente los brazos al cielo y va a sentarse, en medio del estupor de los otros, que la miran como se mira a alguien que de pronto se descubre completamente diferente de lo que uno había imaginado antes. Después de una pausa): ¿Acaso no te cuesta trabajo también reconocerme?
- FRANCO: (bajo, dolorido): Pero no, no. ¿Por qué se te ocurre eso?
- ERSILIA: ¡Oh! Hasta el punto de que, ¿sabes?, si te hubiese visto antes, no hubiera ni siquiera, ni siquiera podido decir...
- FRANCO: ¿Qué?
- ERSILIA: Que me suicidaba por ti. ¡No es verdad! Ni la voz... ni los ojos...¿Me hablabas con esta voz? ¿Me mirabas con estos ojos? Yo te veía...¡quién sabe cómo te veía!
- FRANCO: (helado): Me alejas, Ersilia. Me haces dudar de mí... de ti...
- ERSILIA: Es que tú no puedes comprender esta cosa horrible: una vida que vuelve a uno, así, como un recuerdo, que en vez de surgir desde adentro te llega...te llega inesperado, desde afuera...tan cambiado, que cuesta reconocerlo.No puedes ni hacerle lugar en ti, porque has cambiado tanto que no puedes ya volver a sentirte vivo en eso; aunque veas que así era tu vida--pero no para ti--,que así era quizá cómo hablabas, cómo mirabas, cómo te movías, en el recuerdo del otro, sin ser tú



- FRANCO: ¡Pero soy yo, Ersilia! ¡Yo, que vuelvo a ser aquél, yo que quiero nuevamente ser aquél para ti!
- ERSILIA: No puedes. ¡Dios mío! ¿No comprendes? Porque ahora, viéndote, estoy segura de que no has sido jamás aquél.
- FRANCO: ¿Yo?
- ERSILIA: ¿Por qué te asombras? Estoy segura de que también tú ahora, oyéndome hablar, has tenido la misma impresión.
- FRANCO: Sí. Es verdad. Pero porque ahora dices cosas...
- ERSILIA: Quse son verdaderas. ¿Por qué no quieres sacar algún provecho? Todos pueden sacarlo. Todos, salvo yo. Tú no tienes la culpa.
- FRANCO: ¿Yo no tengo la culpa de qué?
- ERSILIA: De lo que has hecho conmigo.
- FRANCO: ¿Cómo qué no tengo la culpa? ¡Si estoy aquí por eso!
- ERSILIA: No. son cosas de la vida. Lo que tú has hecho conmigo se hace. Se puedé hacer.
- FRANCO: Pero vienen los remordimientos, como este que yo siento, que es verdadero remordimiento, ¿sabes? No es un simple deber que me impongo hacia ti.
- ERSILIA: ¿Y si llegases a saber que no soy aquella que creías y que habías imaginado?...
- FRANCO: (desesperándose al oirla hablar así): ¡Oh! ¿Qué dices?
- ERSILIA: Y también para usted, señor Nota, yo soy otra. Y le juro que habría hecho la indecible para ser aquella que usted se había imaginado. Para usted sí, para usted sí podía. Porque se trataba de vivir en la ficción de su arte. Pero no, señor, la vida, ya lo ve, la vida que me había quitado no me quiere dejar; me ha apresado con sus dientes y no quiere soltarme. ¡Aquí están todos todavía acosándome! ¿Adonde puedo ir?
- LUDOVICO: (a Franco en voz baja): Se lo dije. Es necesario que la señorita recupere su ánimo poco a poco y...
- ERSILIA: ¿También usted quiere atormentarme ahora?
- LUDOVICO: ¡Yo no, al contrario!



ERSILIA: ¡Si usted sabe bien que ya es imposible!

LUDOVICO: ¿Por qué?

ERSILIA: ¡Ah! Para usted que lo había imaginado exactamente, puede no ser nada; más bien ha sido un placer imaginarlo. Pero piense que eso que para usted fue una creación de su espíritu, yo lo he sufrido en mi carne, sentí la vergüenza, el horror.

LUDOVICO: ¡Ah! ¿Es por eso?

ERSILIA: ¡Dígale, dígame lo que hice para que se vaya!

LUDOVICO: De ningún modo. ¡Nadie puede reprochárselo!

ERSILIA: Y bien, se lo diré yo. Sepa que me he ofrecido por la calle al primero que pasaba.

LUDOVICO: (rápido, impetuosamente, a Franco, que se cubre el rostro con las manos): Por desesperación. La víspera de tentativa de suicidio, ¿comprende?

Franco: Sí, sí. ¡Oh Ersilia!

LUDOVICO: A la mañana siguiente se envenenaba en un parque porque no tenía con qué pagar la cuenta del hotel, ¿comprende?

FRANCO: Sí, y eso acrecienta mi remordimiento, la obligación de reparar todo el mal que le he hecho.

ERSILIA: (con un grito, exasperada): ¡Pero tú no!

FRANCO: ¡Yo, yo! ¿Quién, si no?

ERSILIA: (con extrema exasperación): ¿Quieren que realmente lo diga todo, todo, aun aquello que nadie se confiesa ni siquiera a sí mismo? (Se detiene un momento para dominarse; después, con firmeza y decisión, mirando hacia adelante con ojos de loca): Medí friamente el asco sufrido la noche anterior, para ver si podía continuar resistiéndolo. Me empové la cara antes de salir del hotel, con el veneno en la cartera, en un tubo de vidrio. Tenía tres tubitos como ése en la valija. Era institutriz. En caso de necesidad me servía como desinfectante. Al empolvarme me miraba, exactamente como usted lo supo, en el espejo de la cómoda. Me miré, por lo tanto, no solamente "antes", sino también "después" de esa primera prueba, cuando salía para matarme. ¡Sí! Y en el banco del parque, hasta un momento antes, no sabía, no quería saber que es lo que iba a hacer. Si el azar lo hubiese querido, si hubiese pasado alguien a quien yo le hubiese gustado, o me hubiera gustado a mí, no sé si habría pensado en matarme... Me había emolvado y hasta me había puesto un poco de rouge en los labios, y elegí a propósito este vestido celeste. (Se levanta)



ta.) Y si ahora estoy aquí, por otra parte, ¿qué quiere decir? Quiere decir que he vencido ese asco, después de haberlo comparado con la muerte. No estaría aquí si no, con uno que me ha escrito sin conocerme, ofreciéndome albergue.

FRANCO: (con brusca resolución): Escucha. ¡Yo sé ya por qué hablas así, por qué sientes ese placer en desgarrarte!

ERSILIA: (rápida, violenta): ¿Yo? ¡Ustedes!

FRANCO: ¿Lo ves? ¡Tú misma lo dices! Lo sientes como una crueldad de los otros. ¿Y por qué quieres impedir entonces que yo repare mi crueldad?

ERSILIA: ¿Cómo? ¿Haciéndomela sufrir todavía?

FRANCO: Pero no...

ERSILIA: (martillando las palabras): ¡Te digo que he fingido! ¡Te digo que no es verdad! ¡Te digo que he mentido! Y te lo repito. ¡No han sido los otros, no has sido tú, la vida ha sido! ¡Mi vida que dura todavía --¡Dios, qué desesperación!--, sin que haya tenido jamás, jamás, la menor razón de ser! ¿Qué más debo decirte para que te vayas? (Se oye golpear con fuerza en la puerta del vestíbulo.) (escena)

LUDOVICO: ¿Quién es? ¡Adelante! (La puerta se abre. Entra Emma.) ¿Qué quiere?

EMMA: Está el señor cónsul Grotti.

ERSILIA: (en un grito): ¡Ah, ha venido! ¡Lo esperaba!

LUDOVICO: ¿Quiere hablar conmigo?

FRANCO: ¡Yo también estoy aquí!

EMMA: No; quiere hablar con la señorita.

ERSILIA: Sí, sí. Déjenme, déjenme hablar con él, por favor. (A Emma): Hágalo pasar. (Emma sale.) Es mejor que le hable. Cuanto antes, mejor. (Entra el cónsul Grotti. Moreno, sólido, de algo más de treinta años, vestido de negro. Tiene en los ojos, en todo el rostro, una expresión sombría de contenida dureza.)

ERSILIA: Adelante, señor cónsul. (A Ludovico, presentándolo.) El señor cónsul Grotti. (A Grotti): El señor Ludovico Nota...

GROTTI: (inclinándose): Conozco su fama.



- ERSILIA: (continuando):...que ha tenido la bondad de acogerme en su casa. (Señalando a Franco): Al señor Las-piga lo conoce.
- FRANCO: Me conoció en mejores circunstancias. Pero ahora he venido...
- ERSILIA: (interrumpiéndolo): Cállese, se lo ruego.
- FRANCO: No. (A Grotti): Mire. (Señala a Ersilia.) Mírela, Pensar que no hace mucho se la pedía en matrimonio.
- ERSILIA): (temblorosa): Le ruego no agregar nada más.
- FRANCO: No agrego nada más. (A Grotti): Esta indignación, el estado en que la encuentra, bastarán para explicarle por qué estoy aquí.
- ERSILIA: (exasperada): ¡No se preocupe por mi estado! Le he dicho que no tiene ninguna razón para estar aquí, y quiere repetírselo ahora delante de él, para que sepa que la causa de mi enojo es precisamente su obstinación en no querer comprender.
- FRANCO: Sí, te interesa repetírmelo porque sabes que el padre de mi novia ha ido a verlo.
- ERSILIA: (estupefacta): No, no lo sabía. (Mirando con profunda turbación a Grotti e intentando dominarse.) ¡Ah!... Y usted...¿usted le habló de mí?
- GROTTI: (con frialdad y dignidad): No, señorita. Le prometí que vendría a hablar con usted.
- FRANCO: (de pronto, con fuerza): ¡Ah, pero todo es inútil! ¿Sabe?
- ERSILIA: (imperiosamente, con desdén): Déjenme hablar a solas con el señor cónsul. (Inmediatamente a Ludovico, en otro tono): Se lo ruego, señor Nota...
- LUDOVICO: Oh, por mí...(Va a salir.)
- FRANCO: (A Ludovico, con resolución, reteniéndolo): ¡No, no! ¡Espere! (A Ersilia, con sentida arrogancia): Yo me voy. (A Grotti): Pero quiero decirle antes al señor cónsul, para que lo repita a quien quiera saberlo, que todo es inútil, inútil, porque quien tiene que decidirlo no es ella. (Indica a Ersilia.) Y yo sostengo firmemente delante de ti. Hasta ahora te he rogado, te he suplicado, me he resignado a oírte decir, destrozándome, las cosas más crueles; pero ahora basta. ¡Ahora voy a hablar de otra manera! Eres dueña de rechazarme, pero eso no quiere decir que yo deba volver a aquella que después de haber sentido justamente indignación y vergüenza por mi conducta, como todos los que leyeron tu des-



dichada historia, terminó por cerrarme la puerta en la cara, aunque ahora se arrepienta, aunque mande embajadores.

GROTTI: ¡Pero no! Yo no he venido para eso.

ERSILIA: Ya le he dicho que su conducta con respecto a mí no fue en absoluto la causa de mi acto desesperado.

FRANCO: ¡No es verdad!

ERSILIA: ¿Cómo? El señor Nota...es testigo...

FRANCO: ¡No niego que lo hayas dicho! (A Grotti): Me ha dicho de ella misma las cosas más horribles, esas cosas que "nadie confiesa ni siquiera a sí mismo". Pero yo tengo conciencia, aunque la tuya (dirigiéndose a Ersilia) te ordene rechazarme por el mal que puedas haberme hecho. Y ante cualquier cosa que él pueda decirte (indica a Grotti), o que tú puedas decirle, poniéndose de acuerdo para servir los intereses de otros, mi conciencia no cambia. ¡Eso es lo que quería decirte! (A Ludovico): Ahora vamos. Sé que usted está conmigo y que me aprueba. Hasta la vista, señor cónsul. (Se dirige hacia la puerta.)

GROTTI: (con una ligera inclinación de cabeza): Hasta la vista.

LUDOVICO: (que se ha aproximado a Ersilia, le dice en voz baja, en un tono afectuoso, reconfortándola): Voy a ocuparme de su valija. Espero traérsela en seguida.

ERSILIA: (emocionada): Gracias. Y perdóneme, señor Nota.

LUDOVICO: Por favor. (A Grotti): Hasta la vista.

GROTTI: Mis respetos. (Ludovico y Franco salen por la puerta del vestíbulo. Apenas se cierra la puerta, Ersilia se encoge, temblorosa, mirando con temor a Grotti, que se vuelve hacia ella bruscamente, indignado y estremecido, fulminándola con la mirada. No resistiendo esa mirada ella se cubre el rostro con las manos, acurrucándose en sí misma y con los hombros levantados, como si la furia de él pasase sobre ella. Grotti, aproximándose amenazante, dice en voz baja, casi silbando entre dientes.)

GROTTI: ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Mentir de una manera tan pueril!

ERSILIA: (gime espantada, con el codo todavía alzado para protegerse): ¡Intenté suicidarme de veras!

GROTTI: (furioso): ¿Y por qué has mentido después? ¿Por qué agregar todavía otro remordimiento?



- ERSILIA: (pronta a defenderse): ¡No! No es por mí. ¿No has entendido? ¡Dice que no lo hace por mí! ¡Se lo he gritado en la cara que mentí cuando dije que me mataba por él!
- GROTTI: (indignado y furioso): ¡Pero si no te cree! ¿No has visto que no te cree?
- ERSILIA: (levantándose, desdenosa): ¿Y qué puedo hacer? ¡Deben ser sus remordimientos los que le impiden creerme!
- GROTTI: (despreciativo): ¿Y tú tienes el coraje de hablar de los remordimientos de los otros? ¿Tú?
- ERSILIA: ¿Y qué crees? ¿Qué yo debo tener más que los otros? ¡Yo menos que todos! ¡Sí, sí! ¡Ah, lo sé! Tú no lo admites, pero yo he tenido el coraje de matarme, y tú no.
- GROTTI: ¿Yo? ¿Matarme?
- ERSILIA: No. Quédate tranquilo. No han sido los remordimientos los que me han empujado, ni siquiera a mí. Y tú, tú puedes soportarlos. Tienes con qué mantenerte. Yo me encontré en medio de la calle, desnuda. Y entonces es más difícil, ¿sabes?...casi imposible vivir...En la desesperación me asaltó el remordimiento por la pequeña, y después probé el último envilecimiento, ¡por eso pude hacerlo!
- GROTTI: ¿Y no pudiste dejar de mentir, ni siquiera entonces?
- ERSILIA: ¡Fue casi sin querer! Y además era verdad que prometió casarse conmigo, allá.
- GROTTI: ¡Bromeando!
- ERSILIA: ¡No es cierto! Y aun así, era doblemente vil entonces; porque sin saber nada de cuanto pasó allá entre tú y yo, después de su partida, se comprometió aquí con otra y estaba por casarse.
- GROTTI: ¿Pero y tú? ¡Tú sabías lo que había pasado entre tú y yo, y mentiste!
- ERSILIA: ¿Y no era peor lo que estaba por hacer él, que sin conocer mi indignidad me traicionaba tranquilamente, casándose con otra?
- GROTTI: Esa es la prueba de que nunca te tomó en serio.
- ERSILIA: ¡No es cierto! ¡Lo ha dicho! ¡Y no estaría así ahora, como tú mismo lo has visto! Pero tú lo niegas porque te conviene suponer que no es así, para encontrarle una excusa a lo que hiciste a sus espaldas, apenas él se fue.



- GROTTI: ¡Y tú has hecho todo este escándalo para impedirle que se casara con la otra!
- ERSILIA: ¡No! Ni siquiera pensé en eso. Lo dije cuando creí que iba a morir. ¡No quise impedir nada, y no quiero, no quiero!
- GROTTI: ¿Y si lo hubieras encontrado libre y dispuesto a mantener su promesa?
- ERSILIA: (con horror): ¡No, no! ¡No lo hubiera engañado! ¡Te juro por el alma de la pequeña que no lo hubiera engañado! ¡Si ni siquiera fui a buscarlo! ¡Te lo puede decir él mismo! Y fue su traición--porque era verdadera traición de su parte--lo que me hizo decir esa mentira: que me mataba por él.
- GROTTI: ¿No fuiste a buscarlo?
- ERSILIA: No.
- GROTTI: ¿Y cómo supiste que estaba por casarse?
- ERSILIA: ¡Ah! Sí...fui...fui...al Ministerio de Marina.
- GROTTI: ¿Ves que fuiste a buscarlo?
- ERSILIA: (con contenido furor de desesperación, amenazante):  
Tú deberías darme las gracias.
- GROTTI: ¿Por qué? ¿Por que fuiste a buscarlo?
- ERSILIA: No. Por haber sentido que desaparecía de mí toda tentación de venganza cuando me informaron su próximo matrimonio y su retiro de la marina. ¿Crees encontrarme en falta, deseosa de engañarlo, mientras subía las escaleras del Ministerio? ¡No sabes en que estado subí esas escaleras! Había llegado aquí, desorientada, expulsada de ese modo por tu mujer, después de sorprendernos en ese horrible momento, entre los gritos de la gente que recogieron la niña. Estaba desesperada. Estaba como una mendiga que no ve otra salida que la muerte o la locura. ¡Y como una loca lo buscaba para confesarle todo, todo!
- GROTTI: ¿Lo que había pasado entre nosotros?
- ERSILIA: No. Lo que hiciste tú, que aprovechaste después de su partida...
- GROTTI: ¿Yo solo?
- ERSILIA: Sí. Tú, que aprovechaste el estado en que quedé. Ten cuidado, porque puedo decir todo ahora; lo que



nadie se ha atrevido a decir nunca. ¡Me encuentro al borde de mis fuerzas! ¡Puedo gritar la verdad de los locos! ¡Puedo hablar como alguien que ya no piensa más en levantarse ni en ocultar su más íntima vergüenza! ¡Me tomaste todavía cálida por ese fuego que él había encendido en mi carne, en un momento en que bastaba tocarme para que yo me abandonara. ¡Negarás que te mordí! ¡Negarás que te arañé con las uñas el cuello, los brazos, las manos!

GROTTI: ¡Ah, infame! ¡Me provocabas!

ERSILIA: ¡No es verdad!, ¡No es verdad! ¡Jamás! ¡Eras tú!

GRAOTTI: Al principio sí, pero después...

ERSILIA: ¡Jamás! ¡Jamás!

GROTTI: ¡Me apretabas el brazo a escondidas!

ERSILIA: ¡No es verdad!

GROTTI: ¿No es verdad? ¡Mentirosa! Si una vez hasta me clavaste una aguja en la espalda.

ERSILIA: Porque usted no me dejaba tranquila.

GROTTI: ¡Ah, mira! ¡Me trata de usted, ahora!

ERSILIA: Yo era tu esclava.

GROTTI: ¿Y tenías que obedecer?

ERSILIA: La carne, la carne obedecía. El corazón no. ¡Jamás! Te odiaba.

GROTTI: ¡Placer, placer sentías!

ERSILIA: ¡No, odio! ¡Cuanto más placer me dabas, tanto más te odiaba! Después te habría despedazado, como a mi vergüenza. No consentí jamás con el corazón que sangraba, traicionándome, al sentir el mismo placer que con el otro. Me miraba los brazos desnudos y me los mordía. Cedía, cedía siempre; pero sentía en el fondo de mí que mi corazón no se entregaba. ¡Infame! Al pervertirme me quitaste esa única alegría de mi vida, que casi no me parecía verdadera: la felicidad de sentirme prometida...

GROTTI: ...mientras él estaba por casarse otra vez.

ERSILIA: ¿Lo ves? ¡Todos canallas! ¿Y vienes a arrojarme a la cara que yo soy culpable, yo? Porque no he tenido nunca la fuerza de ser algo... Dios mío... ni si-



quiere una cosa, qué sé yo, una cosa de arilla, amasada con las manos, que se quiebra si se deja caer. ¡Pero están los pedazos, por tierra, que indican al menos que era una cosa, aunque ya no lo sea! Mi vida...es un día después del otro...yo no he poseído ninguno...He sido al zar lo que han querido los otros...sin encontrarme nunca...arrastrada de un lado a otro, desgarrada...y nunca nada que me haya permitido decir: ¡Yo también, yo también existo! (cambiando bruscamente de tono y volviéndose hacia él como un animal castigado): ¿Pero tú qué quieres ahora? ¿Por qué reapareces?

- GROTTI: Porque has hablado. Por eso. ¡Por lo que has dicho, por lo que has hecho! Has querido morir...
- ERSILIA: Sí, lo sé. ¡Debía estar muda! Una piedra encima y se acabó.
- GROTTI: Una piedra. En cambio, es como si hubieras arrojado esa piedra con todas tus fuerzas en un arroyo, y el agua y el fango han salpicado a todo el mundo: todos estamos sucios.
- ERSILIA: ¿Y querían que me ahogara yo sola, para correr ustedes a su vida de todos los días; él, después de haber descubierto mis relaciones contigo, a su novia, y tú, a tus asuntos del consulado?
- GROTTI: No. ¡Volviendo a mi vida, que tú detuviste por un momento! ¿Pero que te crees? ¿Qué yo pertenecía por entero a esos minutos de vicio, de ociosidad estúpida que gasté contigo? ¡Ah, he pagado bien caro! ¡La desdicha de toda mi vida! ¡La muerte de mi hija!
- ERSILIA: ¡Fue culpa tuya! Tengo siempre delante, siempre, esa silla que no me dejaste retirar a tiempo de la terraza, adonde había ido con la pequeña.
- GROTTI: ¿Y por qué habías ido? Tu puesto estaba allí, junto a la habitación donde dormía mi mujer enferma, para acudir cuando te llamase. ¿Qué fuiste a hacer a la terraza?
- ERSILIA: Trabajaba y la niña jugaba.
- GROTTI: No. Subiste a propósito, para que yo fuese a buscarle.
- ERSILIA: ¡Miserable! Hubieras ido a buscarme aun allí, junto a la habitación de tu mujer.
- GROTTI: No. No.
- ERSILIA: ¡Niégalo! Lo hiciste otras veces. ¡No me sentía a salvo ni siquiera allí!



GROTTI: ¡Porque tú también querías! ¡Porque tú también querías!

ERSILIA: No. Porque sentía que había terminado por querer, a fuerza de ser tentada por ti. ¡Eso es lo que tendrías que decir! Estaba enloquecida por el temor de que tu mujer nos oyera... Estoy segura ahora, estoy segura de que una voz interior me hablaba, me decía que no dejara la silla, que la pequeña que había quedado jugando en la terraza podía trepar encima y caer. Pero no pude escuchar esa voz. ¿Recuerdas? ¡Estabas en la puerta como una bestia, e insistías, insistías! Y ahora veo esa silla en sueños todas las noches. ¡Es una pesadilla! ¡No llego nunca a tiempo para sacarla. (Estalla en sollozos. Pausa.)

GROTTI: (absorto, como obedeciendo a la necesidad de ver su vida fuera de aquel horror, mientras Ersilia continúa llorando, bajo, con sollozos convulsivos): Yo trabajaba...vivía ajeno a mí mismo...no existía más que para los demás...no pensaba más que en trabajar, en colmar el vacío de mi existencia; el vacío del hogar que había soñado y no pude tener a causa de mi matrimonio con esa mujer triste, enfermiza, áspera. Llegas tú...Dime, al principio, ¿cómo te traté? Dime, ¿cómo?

ERSILIA: (tiernamente, entre el llanto): Bien.

GROTTI: Es que yo tenía necesidad, cuando más angustiado me sentía por todas las tristezas de mi vida, de hacer el bien a los demás, de tomar sobre mí solo todo el peso de mi vida, para que los otros pudieran respirar más libremente. Sentía la necesidad de embellecer la existencia de los otros, gozando con el gozo ajeno, ya que a mí me estaba prohibido. Y dime, ¿cómo te pinté a los ojos de Laspiga? ¿Qué no le dije de ti para hacerte bien, para que él se enamorase? Recuerdo que hasta fui más afectuoso que nunca con mi mujer, para que ella también estuviese contenta y dispuesta a favorecer el noviazgo, y no esperaba otra cosa que el placer de ofrecerte esa felicidad. Y cuando los vi a los dos enamorados...¡No, no! Lo que pasó después no fue porque comprendiera que habían ido demasiado lejos, que te habías entregado a él... Mi mujer fue quien se indignó y perdió toda la estima que sentía por ti, no yo.

ERSILIA: ¡Pero yo no me había entregado jamás a otro! Fue un vértigo...un vértigo, la noche anterior a su partida.

GROTTI: Lo sé. Comprendía...ni siquiera pensé en acusarte. Y jamás habría tratado de aprovecharme, si tú...

ERSILIA: Yo...

GROTTI: (rápido): No digo que lo hayas querido. Pero...no sé...una noche al levantarnos de la mesa me miraste de un modo...Porque tú no creías. Sentí que no creías en una bondad desinteresada de mi parte. Sí, fue eso...Y al no creer, echaste a perder todo. Porque yo necesitaba más que nunca que tú creyeras, para vencer en mí todas las tentaciones...



ERSILIA: No más, no más...

GROTTI: No, sólo más. Pero si hubieras creído en mi desinterés, en mi bondad, que eran reales, la bestia no se habría desencadenado en mí, de improviso, con toda su hambre desesperada. Y todavía ahora, cuando te veo, después que has sembrado la muerte, la discordia irremediable entre mi mujer y yo... (Se aproxima con odio, amenazante.) ¡No! ¿Sabes?

ERSILIA: (retrocediendo espantada): ¿Qué quieres?

GROTTI: ¡Quiero que llores, que llores conmigo, conmigo, el mal que hemos hecho!

ERSILIA: ¿Más de lo que he llorado?

GROTTI: ¡No quiero ser el único en sentir este desgarramiento por la muerte de mi hija! ¡No quiero que te reconcilies con él, como si esta cosa horrible no hubiese sucedido!

ERSILIA: ¡No, eso no ocurrirá jamás! ¡Puedes estar seguro! ¡Jamás! Me quedaré aquí, con el hombre que me ha protegido...

GROTTI: No podrás. ¿No has visto que ya está de acuerdo con el otro? Han salido juntos. A estas horas se habrá cansado de ti y le parecerá una locura que no aceptes el arrepentimiento de Laspiga y la reparación que te ofrece.

ERSILIA: ¡Pero si le he dicho que no la quiero!

GROTTI: Sí. Pero parece una obstinación irrazonable que no pueden aceptar ni uno ni otro. La verdadera razón por la cual rehusas, no se la has dicho.

ERSILIA: ¡Y bien! ¡Si es necesario se lo diré todo!

GROTTI: Y entonces le parecerá tan sucio lo que has hecho, la mentira que has dicho, las consecuencias que ha tenido... Ese matrimonio truncado en la víspera, el escándalo, la piedad, la conmiseración que has estafado a todos...

ERSILIA: (abatida, a punto de desvanecerse): Es verdad... es verdad... Pero yo... yo no quería eso. A él también le dije que hablé y que mentí porque creía que todo estaba terminado. No son cosas que uno pueda confesar; ¡son demasiado feas! ¡Sí, demasiado viles! Nosotros podemos decírnoslas porque es una vergüenza nuestra, de los dos. Pero, ¿por qué quieres tú que se las confiese a todos?

GROTTI: No puedo soportar tus mentiras... Cuando supe por el padre de la novia las circunstancias que habían tenido: la indignación de esa muchacha, los remordimientos de Laspiga, su deseo de reparar, ¡no sé cómo



pude contenerme ante ese viejo para no gritarle la verdad! Corrí al diario para desmentir la parte que me concernía. Y no puedes imaginarte la cólera de mi mujer cuando leyó aquel periódico. Quería correr a casa de la novia para revelar todo, para decirle por qué te expulsamos de nuestra casa, cómo ella nos sorprendió a los dos. Debí prometerle, asegurarle que tu mentira sería conocida, y que por lo menos esa familia recuperaría la paz. ¿Comprendes?

ERSILIA: Comprendo...comprendo. (Pausa. Mira un momento delante de sí, hosca.) Está bien. (Se levanta. Pausa.)

Vete. Lo haré.

GROTTI: (la miró sorprendida): ¿Qué vas a hacer?

ERSILIA: Dices que es necesario hacerlo. Lo haré.

GROTTI: (después de una pausa, siempre contemplándola): Estás más desesperada que yo. ¡Ah, cómo has cambiado! ...¡Cómo has cambiado!...(Va hacia ella, intenta abrazarla.) Ersilia...Ersilia...

ERSILIA: (apartándolo bruscamente); ¡Ah, no! ¡Déjame!

GROTTI: (volviéndose hacia ella, abrazándola frenético): No...no...Escucha...escucha...

ERSILIA: (debatándose): ¡Déjame, te digo!

GROTTI: (continuando): ¡Estamos unidos por la desesperación!

ERSILIA: (en un grito, para que la suelte): ¡Tu hija! ¡Tu hija!

GROTTI: (soltándola, protegiéndose con las manos la cabeza, como fulminado): ¡Aesina! (Pausa. Tiembla.) ¡Pero yo pierdo la cabeza! (Se vuelve a aproximar.) Tengo necesidad de ti...de ti...Somos dos desdichados...

ERSILIA: (corriendo hacia una de las ventanas); Vete... Vete...o grito...

GROTTI: (Siguiéndola): No...no...escucha...

ERSILIA: (abriendo la ventana): ¡Abro y grito! (Los ruidos de la calle invaden alegremente la escena, y entonces ella, acompañando la palabra con el ademán, le ordena): ¡Vete!



A C T O T E R C E R O

Reúdos de la  
Calle (Fuente)

El mismo decorado que en los dos primeros actos. En el mismo día, al atardecer. La señora Honoria está sentada a una de las ventanas, por donde entra el ruido habitual de la calle, atenuado poco a poco al declinar del día. Se supone que alguna vecina, desde la ventana de una casa de enfrente, habla con la señora Honoria. Emma termina de limpiar y ordenar el escritorio.

HONORIA: Sí, luego se lo diré... (Pausa.) Hasta el mediodía, pero imagínese, no es nunca como el sueño de la noche... (PAUSA) ¿Cómo dice? No oigo... (Pausa.) ¡Ah, sí! Ahora ha salido con el señor Nota... sí, por la valija. A él no han querido entregársela.

EMMA: ¡Ojalá que todos los días no sean así!

HONORA: (volviéndose hacia Emma): ¿Qué gruñes? ¡No me dejas oír!

EMMA: Digo que éstas no son horas de limpiar. ¡Es tarde!

HONORIA: (volviendo a hablar hacia el exterior): El señor Nota también... ¿Qué quiere? (Rie.) Parece que tiene ganas de que se quede con él... (Pausa.) ¡Pero no, no quiere saber nada con ése! La habrá abrazado él... (Pausa; después precipitadamente): ¡No, no! ¡No es posible! ¡Habrá visto mal! ¡No es posible! (Pausa. Se inclina y saluda con la mano.) ¡Sí, hasta luego! (Cierra la ventana.) Dice que ha visto aquí a tres hombres, y que los tres la han abrazado.

EMMA: ¿El cónsul también?

HONORIA: ¡Qué! ¡Ha visto mal! ¡No es posible!

EMMA: Si gritaban como locos los dos cuando se quedaron solos...

HONORIA: Y no has... ¿No pudiste oír?

EMMA: ¡Oh! Yo no tenía la oreja pegada a la puerta. Pasaba para la salita y oí que gritaban y nada más. Ella gritaba más que él...

HONORIA: Me gustaría saber qué más quiere con esta pobre y qué ha venido a hacer aquí, después de haber ido a protestar al diario, amenazando con una querrela.

EMMA: No querrá que se arregle con el novio.

De fondo



- HONORIA: ¿Y con qué derecho se va a oponer? Es ella quien no quiere, desgraciadamente; y para mí, hace mal.
- EMMA: ¡Seguro! ¡Preferir quedarse aquí, con un viejo medio loco!...
- HONORA: ...que está cansado, que está harto de toda esta historia. Y creo que ya se lo ha dado a entender.
- EMMA: Tal vez sea mejor para ella; así volverá con el otro.
- HONORIA: A lo mejor ya no tiene confianza en el joven. Aunque a mí me parece que ahora está completamente arrepentido.
- EMMA: A mí también.
- HONORIA: Tiene escrúpulos por la otra muchacha. Como él la abandonaría ahora por ella...
- EMA: ¡Ah, yo no tendría esos escrúpulos! ¡Después de haber estado a punto de morir!
- HONORIA: ¡Pero ella sabe bien lo que es verse abandonada! ¡Estaba tan bien dicho en el diario! Lo habrá empezado a odiar. Y debe haber comprendido que aquí, el señor Nota... (Hace una mueca.) La he visto cuando salía con él. Me pareció que tenía en los ojos, no sé, como un velo. Miraba y no veía; no podía ni hablar ni levantar una mano. Le pregunté cómo se sentía y me sonrió con una sonrisa que me dejó helada; y tenía la mano fría, fría... (se detiene un instante y escucha con atención; después, con otra voz.) ¡Escucha! Me parece que grita el mercero. Sí, sí, ve a comprarle ese cordoncito: dos metros y medio, como te dije. La llamo desde acá. La señora Honoria corre a una de las ventanas. La abre, se inclina y hace señas al vendedor ambulante para que se detenga. Permanece en la ventana. Durante este tiempo, por la puerta del vestíbulo, entra Franco Laspiga, hosco, trastornado.)
- FRANCO: (en medio de los ruidos que suben desde la calle, dice por dos veces desde el umbral): ¿Permiso? ¿Permiso?
- HONORIA: (volviéndose y cerrando la ventana): ¡Oh, el señor Laspiga! Pase, siéntese. El señor Nota volverá en seguida con la señorita. (Bajo, insinuante): ¡Insista, insista, que la convencerá!
- FRANCO: (la mira, primero como alguien que no entiende, después, irónico, con furia contenida): Sí, sí. Va a ver. Verá como insisto.
- HONORIA: (confidencialmente): Lo ha puesto en su lugar, ¿sabe? Debe haberlo puesto en el lugar que se merece, a ese señor cónsul. Estoy segura.



- FRANCO: (entre dientes): Miserable... Canalla
- HONORIA: ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Pobre señorita!
- FRANCO: (estallando, sin poder contenerse): Pero, ¡qué señorita! ¡Linda señorita! ¿Sabe qué es? ¡Una arrastrada! ¡Una arrastrada!
- HONORIA: (casi tambaleándose): ¡Dios mío, no! ¿Qué dice? (Ludovico Nota, con el sombrero puesto, entra en ese momento por la puerta del vestíbulo.)
- LUDOVICO: (viendo a Franco): ¡Ah!, ya está aquí? (A Honoria, aludiendo a Ersilia): ¿No ha vuelto todavía?
- HONORIA: (se vuelve hacia él, aturdida, después sin responderle, dirigiéndose a Franco): ¿Es posible?
- LUDOVICO: (sin comprender): ¿Qué sucede?
- FRANCO: (resuelto, furioso, con voz vibrante): Sucede que la mujer del cónsul Grotti se he enterado de que esta mañana el marido vino aquí, a encontrarse con su querida.
- LUDOVICO (de golpe, aturdido): ¿Quién?
- HONORIA: ¿Ella? ¿Del cónsul?
- FRANCO: ¡La querida, la querida, sí señor! La mujer ha ido esta mañana a casa de los padres de mi novia a contarle todo.
- HONORIA: ¿La señorita Drei, con el marido?
- LUDOVICO: ¿Era la amante del cónsul?
- FRANCO: ¡Sí, señor! Y no sé todavía si fue antes o después de que yo la pidiera en matrimonio. Eso es lo que quiere saber. ¡He venido para eso!
- HONORIA: ¿Pero cómo?...¿Pero entonces?...¡Oh Dios mío!... ¡Creo que voy a volverme loca!
- FRANCO: ¿Y saben cómo, cuándo, la mujer descubrió todo? ¡Cuando la chica se cayó desde la terraza!
- HONORIA: (con un grito, cubriéndose la cara con las manos): ¡Oh Dios!
- FRANCO: Los sorprendió juntos, y la echó como a una asesina, porque los dos habían dejado a la chica en la terraza.



- HONORIA: ¡Asesinos! ¡Ah, asesinos de veras!
- FRANCO: Si no hubiera estado comprometido él, ella hubiera ido a la cárcel. ¡A la cárcel! Y después de haber hecho eso, ¿comprende?...
- HONORIA: Sí; ha tenido el coraje...
- FRANCO: ...de venir a trastornarme!
- HONORIA: ...ide provocar la compasión de todos!
- FRANCO: ¿Pero ustedes comprenden bien lo que me ha hecho?
- LUDOVICO: (casi para él): Parece increíble...
- HONORIA: ¡Con ese aire de virgen y martir!...¡Impostora!
- FRANCO: Todo destruido...El escándalo público...Las injurias de mi novia...¡Es para volverse loco! ¡No sé cómo no he enloquecido!
- HONORIA: ¡Por eso, por eso se quería escapar! ¡Cuando lo vió a usted, cuando supo que el otro estaba aquí! ¡La impostora! ¡Supo que las mentiras iban a descubrirse! (cambiando de tono, con rabia): ¡No le perdono todas las lágrimas que me ha hecho llorar! (A Ludovico, bruscamente.) ¡Ah, y ya sabe! ¡Afuera! ¡A la calle! ¡No la quiero más en mi casa! ¡No quiero esa vergüenza en mi casa!
- LUDOVICO: (fastidiado): ¡Espere, espere!
- HONORIA: ¡No, no; no, no! ¡Qué voy a esperar? ¡Afuera! ¡No la quiero! ¡No la quiero!
- LUDOVICO: ¡Pero cállese, por Dios! Todavía no comprendo. (A Franco.) Perdón, ¿cómo es que el cónsul...? (Se interrumpe.) ¿Usted sabe que el cónsul fue a protestar al periódico?
- FRANCO: ¡Es claro!
- LUDOVICO: No. ¿Cómo es claro? Deberían estar de acuerdo, me parece...¡amantes!
- FRANCO: Pero usted olvida que la mujer estaba aquí, con él. ¡La mujer, de quien ella hizo decir infancias en el diario!
- LUDOVICO: (recordando): ¡Ah, en efecto! Sí, sí. Y por eso se turbó tanto cuando supo que en el diario habían dicho...
- HONORIA: Que esa pobre señora le mandó a hacer una diligencia.



- FRANCO: Seguramente fue la mujer quien obligó al cónsul a desmentir.
- LUDOVICO: Y entonces fue una gran impostora...
- FRANCO: ¡Indigna, la más vil!
- LUDOVICO: ...¡ qué trató de matarse por usted!
- HONORIA: ¡Me preguntó cómo se puede mentir con tanta desvergüenza!
- LUDOVICO (casi para sí, pensando): Y, naturalmente...seguro... por eso se obstinó en no aceptar de usted ninguna reparación.
- FRANCO: ¡Hubiera sido el colmo!
- HONORIA: ¡Por supuesto, pobre señor!
- LUDOVICO: (herido cada vez más por la vulgaridad de Honoria, que lo empuja a volverse aún contra Franco): No, perdón. Hay que reconocer que por lo menos algún arrepentimiento ha tenido.
- FRANCO: ¡Pero cuando! ¡Cuando me vió dispuesto a reparar lo que yo creía una culpa!
- LUDOVICO: Comprendo, sí...
- FRANCO: Y eso, en el mejor de los casos, suponiendo que se convirtió en la amante del cónsul después de conocerme. Porque si lo era desde antes, entonces, ¿se imagina?, los dos me habrían engañado de la manera más ignominiosa.
- LUDOVICO: ¡No! Eso...
- FRANCO: ¡Le repito que he venido para averiguar eso!
- LUDOVICO: ¡Y qué podría hacer? Usted no puede negar que encontró en Ersilia la más clara y violenta oposición.
- FRANCO: Digo "antes", ¡si ella me engañó antes!
- LUDOVICO: ¡Ah, no, perdone! En ninguno de los dos casos usted podría quejarse de nada.
- FRANCO: ¿No? ¿Y cómo? Si yo...
- LUDOVICO: (con firmeza): ¡De nada! Aunque lo hubiese engañado antes. ¡Si usted estaba por casarse con otra!



- FRANCO: No, espere...
- LUDOVICO: ¡Déjeme hablar! De cualquier manera, usted ya le había cobrado la traición, me parece, antes de saber que ellos lo engañaban.
- FRANCO: ¿Y acaso mi engaño justificaría el de ellos?
- LUDOVICO: ¡No, por cierto! Pero le quita derecho a toda protesta. ¡Paciencia!
- FRANCO: ¡No me lo quita! ¡No me lo quita! Porque ellos cometieron la traición, llegaron hasta el fin. Mientras que yo he roto mi compromiso y he corrido aquí.
- LUDOVICO: Sí, cuando supo que ella había intentado suicidarse...
- FRANCO: No por mí. Ella misma lo confesó. ¡Qué maravilla! Usted me reprocha mi traición, ¿cómo sí para ella lo mío pudiese ser todavía una traición!
- LUDOVICO: ¡No, no, cuidado. No le reprocho nada. Quiero solamente demostrarle que usted tiene razón en una sola cosa: en que ella mintió, sin tener ningún derecho, al decir que se suicidaba por usted. Y francamente, no alcanzo a comprender el porqué de esa mentira, justo a punto de morir. Esa mentira podía serle útil en la vida, pero no en la muerte. Y es indudable que ella misma ha reconocido que le era inútil en la vida.
- FRANCO: ¡Inútil! ¡Eso es lo que usted dice!
- HONORIA: ¡Si no quiere tener en cuenta los hechos!
- LUDOVICO: ¡Ah, bueno! ¡Eso sí! ¡Es absolutamente cierto! ¡Ese es mi defecto! No consigo tener en cuenta los hechos; nunca.
- HONORIA: ¡Menos mal que lo confiesa usted mismo! Y los hechos, ¿sabe cuáles son? En primer lugar, que ella ha sido salvada.
- FRANCO: Y que la mentira le ha servido. Sí, señor, servido. Si no conmigo, que hubiera sido el colmo, le ha servido para encontrar a un hombre como usted.
- HONORIA: ¡Imagínese! ¡Un escritor!
- LUDOVICO: ¡Sí, un imbécil!
- FRANCO: ¡No diga eso!
- LUDOVICO: Pero sí, dígalo. Dígalo, si quiere.



- HONORIA: ¡Bien lo puede decir, si se lo dice usted mismo!
- FRANCO: Verdaderamente, debe estar halagada al ver acogida su impostura en el dominio del arte. ¡Esa historia romántica de un suicidio por amor, narrada esta vez no por un periodista, sino por un escritor como usted!
- LUDOVICO: En efecto, ella lo quería.
- FRANCO: ¿Lo ve?
- LUDOVICO: Y hasta no le pareció bien que yo pintase a otra, diferente.
- HONORIA: Linda pareja hubieran hecho. Ella, diciéndole las mentiras, y él, escribiéndolas.
- LUDOVICO: Las mentiras, sí, que también se llaman novelas. ¿Por qué reprocharle que esta novela no sea verdad? ¿Que sea verdadera o no, qué importa, si es hermosa? Puede que para ella haya sido un fracaso, en los hechos; pero esto no quita que yo pueda lograrla, escribiéndola. Y les digo más: que así es más hermosa; mucho, mucho más hermosa. Estoy realmente contento de que todo se haya aclarado. (Señala a Honoria, mirando a Franco): Mire esta señora, por ejemplo: primero, indignada, furiosa; después, toda azúcar; y ahora, toda hiel...
- HONORIA: (indignándose): ¡Como para no serlo!
- LUDOVICO: (rápido, aprobándola): ¡Pero sí, sí! ¡Tiene razón! Y sin embargo no deja de ser hermoso no lo niegue. (Volviéndose a Franco): Y usted, tan exaltado ayer...
- FRANCO: (también indignándose): ¡Se lo he explicado yo mismo!
- LUDOVICO: ¡Sí, sí! ¡Y es justo! ¡Tiene razón! Pero precisamente por eso es tan hermoso. Vamos, ¿ustedes se creen que voy a representar en este asunto un papel de imbécil? No. Me divierto haciéndoles ver la belleza, la enorme belleza de esta comedia de una mentira descubierta...
- FRANCO: (indignándose de nuevo, con dolor): ¿Hermosa, le parece?
- LUDOVICO: (compenetrándose en seguida del dolor de Franco): Sí, precisamente porque usted sufre y ha sufrido así. ¡Oh, comprendo, siento su sufrimiento! Y no dudo de que sabré representarlo de la manera más viva si llego a hacer una novela o comedia.
- HONORIA: ¿Y por poco me haría entrar a mí también?



- LUDOVICO: Si hago una comedia, sí.
- HONORIA: ¡Ah, no se arriesgue a ponerme en una comedia. ¿Sabe?
- LUDOVICO: ¿Qué ocurriría? ¿Se pondría a gritar que no es verdad?
- HONORIA: Que no es verdad, que no es verdad, que usted es un impostor, que hace buena pareja con ésa.
- LUDOVICO: (riendo): Quédese tranquila. Los críticos se encargarán de decir que es falsa. (Transición): ¿Pero cómo es que Ersilia no ha vuelto? A esta hora tendría que estar aquí...Le di algún dinero...
- HONORIA: (rápida): ¿Dinero a ella? ¡Ah, muy bien! ¡Entonces podemos imaginarnos...!
- LUDOVICO: Sí, para pagar la cuenta del hotel y retirar la valija.
- HONORIA: Si le dió dinero, no vuelve más, no vuelve más. ¡Adiós comedia! Puedo quedarme tranquila.
- LUDOVICO: No; si es por eso, vea, siempre hay modos de imaginar un desenlace, aunque en la realidad una historia no termine.
- FRANCO: ¿Teme realmente que no vuelva más?
- LUDOVICO: Si la razón de sus mentiras estaba, como usted dice, en los "hechos", temo que no vuelva más. Volvería únicamente en el caso de que el fin que ella persiguió--es lo que yo creo--estuviera por encima y afuera de los hechos. Y entonces escribiré la comedia. Pero la escribiré igual, aunque ella no vuelva.
- FRANCO: ¿Sin tener en cuenta los hechos?
- LUDOVICO: ¡Los hechos, los hechos! Querido señor, los hechos son tales como los interpretamos, y en nuestro espíritu no hay hechos: son el pasado, son lo que queda cuando el alma ha cedido--lo decía usted mismo--y la vida los abandona. Por eso no creo en los hechos. (Emma entra por la puerta del vestíbulo y anuncia.)
- EMMA: El señor cónsul Grotti pregunta por la señorita Drei o por el señor Nota.
- LUDOVICO: ¡Ah, en cambio él viene aquí!
- FRANCO: (amenazante, dando un paso para salir al encuentro del cónsul): Llega a propósito.



- LUDOVICO: (calo y firme, poniéndose delante): Usted me hará el favor de quedarse tranquilo en mi casa; y le repito que no tiene por qué pedir cuentas a nadie.
- FRANCO: ¡Puedo irme, si quiero!
- LUDOVICO: No, se quedará aquí. Voy a recibir a ese señor. (Aparece agitadoísimo el cónsul Grotti. Emma se retira).
- GROTTI: Perdonen. ¿La señorita Drei?
- HONORIA: (alarmada, irritada, impaciente): No está. Se ha ido.
- FRANCO: Y tal vez no vuelva más.
- GROTTI: ¡Dios mío! Pero sabe... Me dirijo a usted, señor Nota.
- LUDOVICO: Usted se introduce en mi casa sin permiso.
- GROTTI: Le pido perdón; pero tengo apremio por saber si la señorita Drei está enterada de que mi mujer...
- FRANCO: (rápido):...fue a casa de mi novia para denunciar...
- GROTTI: (rápido, con furia, gritando): ¡Su locura!
- FRANCO: ¡Ah! ¿Entonces usted niega?
- GROTTI: (con cólera y desdén): ¡No tengo nada que afirmarle o que negarle a usted!
- FRANCO: ¡Ah, no! Se engaña; porque usted debe responderme...
- GROTTI: ¿De qué debo responder? ¿De la locura de una mujer? ¡Estoy listo para responderle cuando usted quiera!
- FRANCO: ¡Está bien!
- GROTTI: (volviéndose hacia Ludovico, rápido): Me apremia solamente saber, señor Nota, si la señorita Drei está enterada de esa visita.
- LUDOVICO: No, no creo.
- GROTTI: ¡Ah, gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!
- LUDOVICO: Estaba conmigo. La he dejado porque tenía que ir al hotel
- GROTTI: ¿Tampoco usted lo sabía?



- LUDOVICO: No; lo he sabido hace un momento por el señor Las-  
piga, a quien encontré aquí.
- GROTTI: ¡Ah, bueno, bueno! Porque en el estado de desesperación en que se encuentra, este otro golpe...
- LUDOVICO: Lo cierto es que estamos esperando y todavía no vuelve.
- FRANCO: Si no está enterada de la visita de la señora Grotti, es muy probable que la sospeche. Y además, como el señor Nota le ha dado algún dinero, posiblemente ha levantado el vuelo.
- GROTTI: ¡Ojalá fuera así! Pero más bien temo que al enterarse...
- FRANCO: ¿Entonces ahora admite?
- GROTTI: ¡Yo no admito nada!
- FRANCO: Sí, por caballerosidad!
- GROTTI: ¿Pero no comprende, querido señor, que me importa un bledo que usted crea o no crea? ¡Usted pued<sup>a</sup> creer lo que le dé la gana!
- FRANCO: (de golpe, furioso): ¿Lo que me dé la gana? ¡Quiero saber la verdad, no creer lo que me dé la gana!
- GROTTI: ¿Y después? ¿Cuándo yo le diga que no es verdad? ¿Pero no comprende que ha sido usted, sólo usted, quien la ha reducido a la desesperación?
- FRANCO: ¿Yo?
- GROTTI: ¡Sí! ¡Usted!
- FRANCO: Pero si su mujer la expulsó siendo inocente, si no tuvo ninguna culpa en la desgracia de la criatura.
- GROTTI: (interrumpiéndolo, cortante): ¡Sí, tuvo!
- FRANCO: ¿Mintió entonces?
- GROTTI: Fui precisamente a protestar al diario contra esa mentira.
- FRANCO: ¿Y después vino aquí, para ponerse de acuerdo con ella?
- GROTTI: (temblando, listo a lanzarse sobre Franco, pero con-



teniéndose): Perdóneme, señor Nota...(A Franco):  
Vine aquí porque me lo rogó el padre de su novia,  
y encontré a Ersilia desesperada, porque usted que-  
ría...

FRANCO: (rápido, con fuerza aplastante): Porque yo quería re-  
parar el mal que le había hecho. Me gustaría saber  
por qué se desespera. Si el único causante de su  
mal fuera yo...

GROTTI: Porque ella no quiere su reparación. ¡No quiere!  
¡No quiere! ¡Se lo he dicho y repetido! ¿Qué obs-  
tinación, por Dios!

FRANCO: Pero ella no puede creer que yo lo hago por mi bien.  
¡Eso no! Ella quiere apartarme con el pretexto de  
esa desesperación, para desempeñar más cómodamente  
su papel aquí, delante del señor (indica a Ludovico),  
haciéndole creer que todo es una calumnia.  
Pero yo estoy aquí, y no por mi gusto. Estoy aquí  
porque ella, ella misma, declaró públicamente que  
se suicidaba por mí.

GROTTI: ¿No le confesó ya que había mentido?

FRANCO: Sería la segunda mentira, entonces. ¿Acaso la he  
obligado yo a mentir?

GRAOTTI: ¿Por qué lo ha hecho? No lo sé.

FRANCO: Si usted dice la verdad, lo habría hecho por mí,  
por mi matrimonio. No veo otra razón para que lo  
haya hecho.

LUDOVICO: Tal vez ya sido, como me dijo...

FRANCO: (dándose vuelta de golpe): Usted dijo hace un mo-  
mento que no veía ninguna razón; ¡ni siquiera us-  
ted!

LUDOVICO: No. Pero quizá...porque se degradó...en la calle...  
como una mendiga...

FRANCO: (con ironía): Sí, la noche en que se ofreció al pri-  
mero que pasó...

GROTTI: (ensombreciéndose): ¿Dijo eso también?

FRANCO: (con arrebató, avanzando): ¡Eso también! ¡Eso tam-  
bién! ¡Y habría hecho también eso por mi culpa, por  
mi traición! ¿Y usted quiere que yo, admitiendo to-  
do eso, no me obstine con todas las fuerzas de mi  
conciencia en hacerle aceptar una reparación? ¡Pero  
yo estoy dispuesto a hacerlo todavía si usted me  
da su palabra de honor de que su mujer mintió al de-  
cir que Ersilia ha sido su amante! (Emma entra co-  
rriendo por la puerta del vestíbulo, gritando es-  
pantada.)



- EMMA: ¡Señora! ¡Señora! ¡Dios mío!... ¡Señora!
- HONORIA: ¿Qué pasa?
- LUDOVICO: ¿Ella?
- EMMA: Sí, señor... Ha vuelto...
- HONORIA: ¿Dónde está?
- EMMA: Parece muerta... Apenas le abrí... Cayó con la valija...
- LUDOVICO: ¡El veneno!... Tenía veneno en la valija!... (Mientras corren todos hacia la puerta, aparece Ersilia, cada-  
vérica, pero tranquila, dulce, casi sonriente.)
- HONORIA: (retrocediendo con los otros): ¡Oh, aquí está!
- GROTTI: (no conteniéndose más): Ersilia... Ersilia... ¿Qué has hecho?
- FRANCO: (aparte): ¡Se ha traicionado!
- LUDOVICO: (corriendo a socorrerla): Señorita... señorita...
- HONORIA: (con horror, aparte): ¡Oh Dios! Otra vez...
- ERSILIA: Nada... Silencio... Esta vez, nada... (Apoya el índice sobre los labios, indicando silencio.)
- GROTTI: (gritando): No, no... ¡Por dios!... ¡Hay que ayudarla! ¡Llevarla en seguida!
- HONORIA: (espantada): Sí, en seguida.
- LUDOVICO: (corriendo a ella): Sí, sí... venga, venga...
- ERSILIA: (defendiéndose): ¡No, no quiero! ¡Basta! ¡Por favor!
- GROTTI: Pero sí. Ven, ven conmigo. Te llevaré yo.
- ERSILIA: No quiero, te digo.
- LUDOVICO: Déjenos hacer, deje que la llevemos...
- HONORIA: ¿Pido un ~~coche?~~ *Taxi? (va y abre la ventana)*
- ERSILIA: Basta, les digo, sería inútil...

*Honoria - cierra la ventana →*



- GROTTI: ¡No hay que perder ni un minuto!
- ERSILIA: Todo es inútil. Ya no hay remedio. Silencio, por favor. Déjenme tranquila. Si usted, señor Nota, y usted, señora... No será en seguida, pero pronto...
- LUDOVICO: ¿Qué puedo hacer?
- ERSILIA: Su habitación...
- LUDOVICO: Sí, en seguida, venga.
- HONORIA: Venga, venga.
- GROTTI: (de nuevo con violenta emoción): ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?
- ERSILIA: ¡Déjenme! ¡Váyanse!
- LUDOVICO: Podía haber pensado que estaba yo, señorita. Podía haberse quedado aquí conmigo.
- ERSILIA: Si no lo hubiese hecho, nadie me habría creído nunca.
- FRANCO: (con un estremeamiento, conmovido): ¿Pero qué, qué teníamos que creer?
- ERSILIA: (apaciblemente): Que no mentí para vivir. Eso.
- FRANCO: ¿Y por qué entonces?
- ERSILIA: Para morir. ¿Comprendes ahora? Te lo dije. Cuando mentí, todo parecía terminado para mí, y por eso mentí. No quisiste creerlo, y tenías razón, porque no pensé para nada en ti. No pensaba que iba a turbar tu vida, a transformarla... ¡Pero me despreciaba tanto!
- FRANCO: ¿Cómo, si me acusabas?
- ERSILIA: No
- FRANCO: ¿Cómo, no?
- ERSILIA: No. No. Es tan difícil decirlo... Creerlo, debe ser más difícil todavía... Pero ahora te explicaré. Me despreciaba tanto, que no creía causarte todo este daño. Puedes creerme. ¿Ves? Quise primero comprar el derecho de ser creída, para confesarte todo. He trastornado tu vida y la de tu novia, y sin embargo sabía, sabía que no debía hacerlo; que no tenía ningún derecho, porque... (Mira a Grotti, luego de nuevo a Franco): ¿Lo supiste? ¿Por su mujer, verdad?



FRANCO: (casi sin voz): Sí.

ERSILIA: Lo había previsto. Y él vino para negar, ¿no es cierto?

FRANCO: (casi sin voz): Sí.

ERSILIA: ¿Ves? (Lo mira y hace un ademán de piedad desolada, abriendo apenas las manos; ademán que dice sin palabras la razón por la cual la humanidad dolorida siente la necesidad de mentir. Muy dulcemente agrega): Y también tu mentiste.

FRANCO: (en el colmo de la emoción, en un impulso de sinceridad, habiendo comprendido el ademán): Sí, yo también. Yo también!

ERSILIA: (con una sonrisa lejana): Has hablado de un sueño... no sé...de cosas tan hermosas. Y sin embargo has acudido sólo para reparar. Sí, como él, que ha negado para reparar. (Grotti estalla en sollozos) Ella se turba, y le hace señas de que se contenga, de que no lllore más.) ¡No, no te suplico!...Es que todo el mundo quiere hacer un hermoso papel...Cuanto más... cuanto más...(quiere decir "feos", pero siente tanto disgusto y a la vez tanta piedad, que casi no pronuncia las palabras) somos...tanto más queremos embellecernos. (Sonríe.) Dios mío, sí, cubrimos con un vestido decente. Yo no tenía ninguno para presentarme delante de ti. Pero supe que también tú...sí, te habías arrancado tu hermoso uniforme de marino. Y entonces me encontré...me encontré en la calle, sin nada...y...(Se ensonbrece con ese recuerdo.) Sí, todavía un poco más de barro encima, para terminar de ensuciarme. ¡Dios, qué asco, qué horror! Y entonces...entonces quise hacerme, para la muerte al menos, un vestido decente. ¿Ven por qué mentí? Por eso, lo juro. En toda mi vida no tuve jamás uno solo que me haya permitido hacer un buen papel...que no me haya sido desgarrado por todos los perros...por todos esos perros que no han cesado jamás de arrojar ~~gemee~~ encima, a cada vuelta de la calle...ni un solo vestido que no haya sido manchado por todas las miserias más bajas, más viles. He querido hacerme uno verdaderamente hermoso para la muerte, el más hermoso de todos, el que había sido para mí como un sueño, allá...y que me desgarraron en seguida también... Un vestido de novia...Pero era para morir, para morir con él, nada más, dejando un poco de pena en todo el mundo, nada más. Y bien, ¡no! no! Ni siquiera eso he podido tener. Me lo han desgarrado. Me lo han arrancado como los otros. Ni siquiera eso. ¡Morir desnuda! Sin nada que me cubra, humillada, despreciada. Eso es todo: ¿están contentos? Y ahora váyanse, váyanse. Déjenme morir en silencio: desnuda. Váyanse. Ahora tengo el derecho de no ver a nadie, de no escuchar a nadie. Vayan a decirles, tú a tu mujer, tú a tu novia, que está muerta...que no se pudo vestir.

*Historia  
alro  
mensaje*

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS